

La Ilustración Artística

Año XXV

BARCELONA 8 DE OCTUBRE DE 1906

Núm. 1.293



SAN SEBASTIAN.—COLOCACIÓN DE LA PRIMERA PIEDRA DEL NUEVO ASILO DE BENEFICENCIA.
(De fotografías de Frederic.)

SUMARIO

Texto.—*La vida contemporánea*, por Emilia Pardo Bazán. — *Pensamientos*. — *Venganza!*, por Martínez Barriónuevo. — *Altar del Seminario de Lérida*. — *Museo de Federico Guillermo III*. — *Barcelona*. — *Inauguración del Hospital Clínico*. — *San Sebastián*. — *Colocación de la primera piedra del nuevo Asilo de niños y ancianos de la Beneficencia*. — *Los terremotos de Chile*. — *Miscelánea*. — *Problema de ajedrez*. — *La fuerza del pasado*, novela ilustrada (continuación). — *Barcelona*. — *Nuevo edificio para Hospital Clínico y Facultad de Medicina*.

Grabados.—*San Sebastián*. — *Colocación de la primera piedra del nuevo Asilo de Beneficencia*. — Dibujos de V. Castell que ilustran el artículo *Venganza!* — *Altar regalado por el excelentísimo Dr. D. José Meseguer y Costa al Seminario de Lérida*, obra de D. Félix Ferrer y Galcerán. — *Berlín*. — *Museo del rey Federico Guillermo III*. — *Landate eum in cordis et organo*, retablo pintado por Huberto y Juan Van Eyck. — *Madona*, relieve de Luca della Robbia. — *Vista general de la plazoleta de las Tullerías, momentos antes de la ascensión de los globos*. — *El globo «Norte» del español Sr. Salamanca*. — *La copa Gordon-Bennett*. — *Mr. Frank P. Lahm, ganador de la copa aeronáutica Gordon-Bennett*. — *Efectos de los terremotos en Santiago de Chile y en Valparaíso*. — *La rueda*, cuadro de Bertoldo Genzmer. — *Barcelona*. — *Inauguración y vistas del nuevo edificio destinado a Facultad de Medicina y a Hospital Clínico*. — *El monumento más grande del mundo. Modelo del que actualmente se erige en Roma a la memoria del rey Víctor Manuel II*, obra del arquitecto Sacconi.

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

¿Y si consagrásemos esta crónica a un arte de que rarísima vez tengo ocasión de hablar, a la música? Debo confesarlo humildemente: tengo fama de sorda, es decir, de indiferente a las bellas combinaciones del ritmo y del sonido. Es una fama injusta, un cargo arbitrario, como otros muchos que sin saber por qué nos dirigen. A mí no me encanta toda la música que oigo, con lo cual creo demostrar buen gusto, porque muchas de las piezas de concierto que escucha el público atentamente, son frías, lánguidas, poco ó nada inspiradas, y se parecen a las poesías académicas en las cuales no es fácil señalar defectos, y sin embargo no llegan al alma ni causan emoción alguna. A mí esas piezas, tan científicas, tan importantes, no me importan. Por eso asisto a conciertos rara vez. Es preciso que el programa me satisfaga por completo para que me resuelva á arrostrar tres horas de música *di camera*, en un local cerrado, y por la tarde, que es el momento de respirar un poco el aire libre, sobre todo cuando por la mañana se ha trabajado con cierta actividad en el cuarto de estudio.

Y si los conciertos que no me ofrecen bastante Beethoven, Chopin, Schumann y Mendelsohn (á los cuales permanezco fiel), me dejan un poco fría, hay otras manifestaciones musicales que tienen el don de ponerme los nervios tirantes como cuerdas de guitarra, y de sacarme de mis casillas enteramente. Sentiré, lector, que seas aficionado á los organillos, á los pianos de manubrio, á las zarzuelas con tangos y á las murgas callejeras. Estos ruidos yo los prohibiría; pero debe de ser mi severo juicio algo extraño, cuando todo ese estrépito y batahola produce muy buen dinero, atrae gente al teatro, da de comer á tantos industriales (esto tiene de bueno siquiera) y no lleva trazas de desaparecer. Los pianos de manubrio constituyen un lucrativo oficio, y las murgas van teniendo asegurada su perpetuidad mientras no se supriman las bodas, los bautizos, las inauguraciones de tiendas de comestibles y almacenes de géneros al pormayor, barberías, salones de limpiabotas y otros establecimientos del mismo jaez. Luego toda música viene á ser del presente y del porvenir, y muy necesaria en la república, por lo cual debemos respetarla, y para salvarnos de ella, aplicarnos en los oídos un par de bolitas de algodón en rama, previamente embebidas en aceite de almendras dulces.

Tampoco he solido experimentar una fruición estética refinada cuando alguno de los *virtuosos* ó *virtuosas* que andan por ahí asombrando al mundo, nos ofrece una muestra de su perfecta y asombrosa ejecución, hiriendo el teclado con unos dedos fuertes y ágiles como martillos de acero. Para decirlo de una vez: la *virtuosidad*, en música, me produce un efecto análogo al que me produjo un despampanante palacio que se exhibía en Madrid, creo que en la calle de la Concepción Jerónima, en una tienda de zapatero. El palacio estaba edificado con pepitas de melón, es decir, con la envoltura exterior de las pepitas de la sabrosa cucurbitácea; y habían entrado en sus muros y techos, según cálculo exacto, cinco millones setecientos veintidós mil y cinco pepitas, lo cual suponía en el insigne arquitecto que las había descascarado, recortado y pegado, dos años y medio, invertidos escrupulosamente en ejecutar... una ridiculez. Hay *virtuosos* del piano y del violín que son verdaderos artistas en pepitas de melón.

El piano es un instrumento que casi no me suena bien, la mayor parte de las veces que lo oigo tocar. Y lo siento, porque ¿dónde existe un goce más accesible, más al alcance de todas las fortunas, que este de oír tocar el piano? No iréis á tan escondida aldea, á tan mezquino lugarejo, donde no os salteen y acometan los sonidos de un piano, si existe en tal aldea ó lugar una señorita «bien educada», las cuales abundan tanto ó más que los pianos. Milagro me parecería que no encontráseis en cada tertulia un «profesor» ó «profesora» eminentes que sepan interpretar las composiciones del repertorio, y que os entretengan agradablemente recordándoos óperas y zarzuelas, canciones y vales; y menos mal si el profesor no es de los que exigen que la gente se forme en corro y guarde religioso silencio mientras zurren, porque en realidad lo mejor del piano es la falta de pretensiones en quien lo toca, y el murmullo de la conversación adquiere especial encanto al acompañarlo los acordes del familiar instrumento.

Es indudable que lo ingrato del piano está en el piano mismo, en su sequedad y dureza; por ahí dicen que el piano ha sido una conquista de la civilización, una transformación mágica del realejo y el clavicordio; no lo discuto, entiendo poco de esta materia, pero noto algo que confirma mi tesis: es que apenas el mismo aficionado que tocaba el piano se sienta á herir las teclas de un armonio, nos hace percibir emoción de belleza, algo de ternura y de gravedad, una dulce fusión del sonido, una majestuosa calma favorable al ensueño que la música engendra. Yo lo explico así, por no acertar á explicarlo de otro modo, y sin pretensiones de acertar. Necesito darme alguna razón del por qué el piano me es físicamente antipático las nueve décimas partes de las veces que tengo ocasión de oírlo, y por qué en cambio el armonio, en sí, aparte de la maestría de los que lo pulsan, me asegura una impresión agradable y sedante.

Hay, sin embargo, preciso es reconocerlo, dedos bajo los cuales el mismo piano seco y duro se transforma y adquiere suavidad y sonos ligados y terciopelosos. Recuerdo á un polaco admirable; de esos polacos de pelo amarillo y ojos alocados y saltones, nuez prominente y dedos largos y flacos como manojos de varillas para batir las claras de huevo. Se dejaba caer sobre el taburete imperiosamente, echaba atrás la rutilante melena, sacudiendo la cabeza con movimiento clásico en los *virtuosos*..., y apenas hería el teclado, demostraba que en vez de ser el *virtuoso* sin alma ni sentimiento, era un espíritu, una llama, un diablillo, algo que lleva en las venas la inspiración musical. No he averiguado nunca qué composiciones eran las que ejecutaba aquel hombre: y hasta he llegado á pensar si las improvisaba él, enlazando reminiscencias y cosiendo, con el hilo de oro de su luminoso capricho, trozos sueltos que llevaba en la memoria. Debía de ser aquello una ensalada ó menestra de Beethoven, Saint-Saens, Mozart, Chopin, Weber..., ¡quién sabe! Por momentos se me figuraba que reconocía algo, y al punto mismo la melodía se desataba, y la absorbían y disolvían temas nuevos. Había gritos de pasión, explosiones de rabia y cólera, quejas infinitas de dolor, acentos desesperados, furios y protestas, sordas y tenaces lamentaciones de incurable melancolía, y también efusiones del alma entusiasmada, cantos de éxtasis que parecían venidos del cielo, frescos murmullos de arroyos, profundas, augustas armonías de hojas agitadas por el aire, graves ecos del mar del Norte que se deshace contra la playa, gorjeos de pajarillos en los boscajes solitarios, los rumores de besos y batires de alas que cantó el poeta... Tan pronto el piano evocaba viejas baladas alemanas, de ritmo pueril, como enfilaba minuetos arcaicos, elegantemente pasados de moda, ó pavanas insolentes del tiempo de los Valois. A veces, un soplo heroico erizaba la cabellera de lino mal tascado del artista, y una marcha guerrera, estridente, se alzaba, retando al universo con sus sonoridades briosas. Clamores de muerto y de sangre parecían estallar en el aire como maldiciones, como si las vírgenes belicosas, las Walkirias nunca saciadas, galopasen allá por entre las nubes. Y cuando el himno de guerra moría glorioso, se elevaba otro himno lleno de recogimiento, de unción, de casta pureza: un cántico religioso que parecía entonado por monjas bajadas del cielo para alabar una vez más al Señor con piadosas lenguas. Tantas y tan diversas eran las emociones que el piano, dominado por aquel extraño artista, hacía sentir y sabía expresar. Como en el magnífico oratorio de Berlioz *La condenación de Fausto*, diríase que desfilaban en los motivos musicales todos los episodios grandes y conmovedores del humano existir. Llantos, ironías, plegarias, serenatas de guitarra á la luz de la luna, explosiones victoriosas del senti-

miento y vagas neblinas del ensueño brotaban del teclado y se difundían por el alma del oyente. Y si se me pregunta: «¿Qué piezas eran las que ejecutaba ese hombre?», responderé siempre que lo ignoro. Acaso lo ignoraba él mismo. Libremente, espigaba á los maestros, adoptándoselos de un modo suyo, infundiéndoles su sensibilidad propia.

Y por eso yo le escuchaba complacida, prescindiendo de su tipo caricaturesco, de sus melenas, de sus gestos nerviosos cuando no hería el instrumento del cual sacaba tanto partido. Cerraba los ojos para figurarme que no era aquel el ejecutante, sino que paseaba por el teclado sus manos delicadas y hechizadoras alguna ondina, alguna nixa hija del Rin—Woglinda ó Flosshilda, las guardadoras del oro.— Aquellos sonidos imaginaba yo que eran como revelaciones del mundo inefable que duerme mientras el arte no le despierta.

Acaso el secreto del arte sea éste: que no miremos quién lo produce, sino el efecto que en nosotros causa. He conocido á poetas muy grandes, que eran hombres muy despreciables y pequeños.

Habría que leerles olvidándose de su personilla, de sus actos, de todo lo que les manchaba de impureza y de miseria humana, y no empeñarse en crearles mentirosa aureola de virtud y de honor que no poseían. Tomemos del poeta la poesía, del músico la música... y no pidamos más. ¿No nos basta?

Dos clases de música me interesan especialmente: la religiosa y la popular.

Las misas *de requiem*, los *Stabat*, las *Siete palabras*—aunque no sean obra de Palestrina, de Mozart ó de Stradella,—me hacen sentir emociones que no experimento en los conciertos oficialmente *selectos*; y creo que en esto entra por mucho el fondo, la decoración. Es posible que, según la teoría de Wagner, mi oído necesite, para penetrarse de la belleza de la música, el auxilio de mi vista. ¿Qué veis generalmente en un concierto? A cuatro señores de frac, en actitudes algo forzadas, rozando las cuerdas del violoncelo ó del violín, en un escenario vacío, sin más muebles que las sillas contadas para que se siente el cuarteto. En el templo todo os sugiere el misterioso estado de ánimo á que la música responde fielmente. Las altas columnas, el murmullo tenue de la muchedumbre que se agolpa en la nave, la semiobscuridad, el olor casi disipado del incienso, el parpadeo de los cirios en el altar de oro, sombrío, de antiguas coloraciones..., constituyen una decoración del gusto de Wagner (el artista que mejor ha comprendido la estrecha, íntima relación de la *mise en scene* teatral y la *mise en scene* religiosa). Con la diferencia, á favor del templo, de que en el teatro, hágase lo que se haga, siempre se conocerá que es farándula y figuración, mientras que en la iglesia la sensación de realidad contribuye á realzar la poesía. Y así, un *Stabat* escuchado en la catedral de Sevilla será uno de los recuerdos artísticos más sinceros que me quedan.

EMILIA PARDO BAZÁN.

PENSAMIENTOS

El honor de un hombre no está en manos de otro; existe en sí mismo y no en la opinión del pueblo, y no se defiende con la espada ni con el broquel, sino con una vida irreprochable. Y en punto á valor, ese combate vale tanto como el otro.

J. J. ROUSSEAU.

La memoria, como los libros que permanecen largo tiempo encerrados en el polvo, exige que se la airee de cuando en cuando; es menester, por decirlo así, sacudir sus hojas para encontrarla disponible cuando haga falta.

SÉNECA.

No cumple mejor los fines de la vida el hombre que se procura más placeres, más poder, más honores y más reputación, sino el que es más hombre y realiza la mayor suma de trabajos y de deberes humanos.

SAMUEL SMILES.

El deber y el derecho son hermanos; su madre es la libertad. Nacen el mismo día, y crecen, se desarrollan y mueren juntos.

VÍCTOR COUSIN.

El hombre justo no es el que no causa daño á nadie, sino el que, pudiendo dañar, reprime la voluntad de hacerlo.

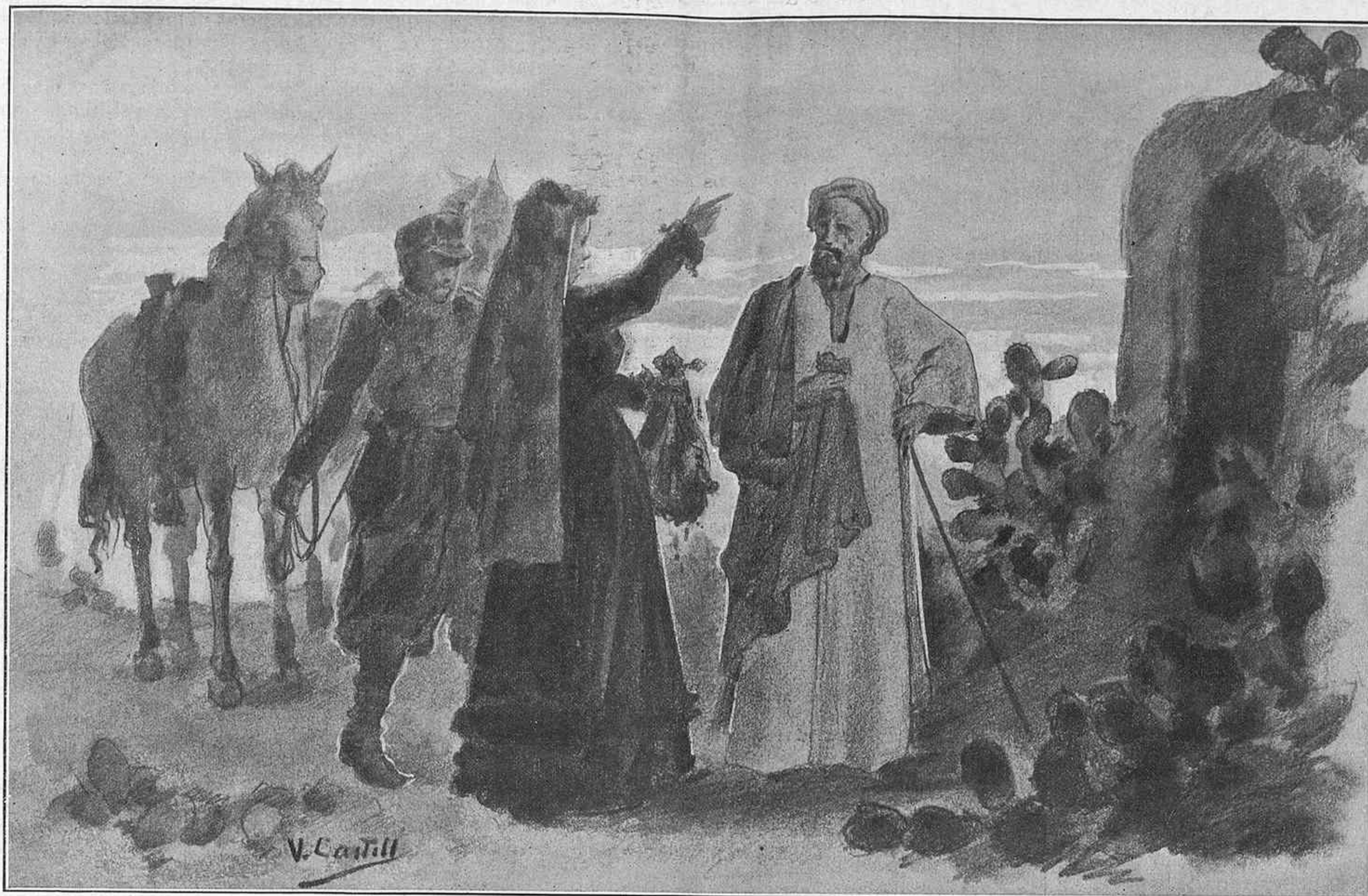
PITÁGORAS.

El talento se forma en la soledad; el carácter, en la sociedad.

GOETHE.

No siempre es bueno decir todo lo que se siente; pero hay que procurar no sentir sino aquello que puede decirse.

P. JANET.



Ya sabes, dice solamente; llévasela

¡VENGANZA!

Los nacionales huían, ó fueron fusilados... ó estaban en sus casas, fingiéndose inocentes en absoluto de *aquello que pasó*. La furia de los soldados había ido extinguiéndose como el humo de un reguero de pólvora encendido de pronto. Yo contemplaba, admirado, la alegría y animación de estos hombres que horas antes lo destruían todo y traspasaban con sus bayonetas á cuantas personas hallábanse en su camino.

Era de noche; la ciudad estaba á obscuras. Los faroles habían sido rotos, las cañerías del gas obstruyéronse; en algún ventanuco ó en el pretil despedazado de algún balcón ardía una luz tenue que puso tal ó cual vecino; acá y acullá escuchábase, soñoliento y lánguido, el alerta de los centinelas, que permanecían inmóviles sobre un reducto ó tras el tabique de un caserón amenazando ruina.

—Patrona, había dicho un soldado, ¿no habrá por ahí unos leños que quemar?

No había. Mi madre lo expuso así. El soldado, sin enfadarse, dijo:

—Los traeremos nosotros.

Salió, siguiéronle algunos, los vi volver al instante... Traían una cama de matrimonio magnífica de palo santo, y las hojas de nogal, con bellas incrustaciones, de un armario, que allá se iría en valor con la cama.

Mi madre comprendió al momento: la cama y el armario componían parte de los muebles de una casa riquísima próxima á la nuestra. Intentó mi madre oponerse con blandura á que se quemaran maderas tan preciosas... Los soldados reían... Un sargento dió orden de que se rompiera todo. Instantes después ardía en el espacioso hogar un gran fuego. Los soldados, alrededor, calentábanse, gritaban, reían, jurando unos, bebiendo otros, apostando, contando cuentos ó recordando escenas de la lucha anterior. Este hablaba de su novia,

aquel de sus padres, aquel otro de un hermanito enfermo... Hablaban á la vez, alegres, dicharacheros, nerviosos, con una gran risa á lo mejor, con un suspiro enorme más tarde... El fusil contra la pared, el ros echado atrás, desabrochado el peto, el cinturón flojo, la punta del faldón recogida en la cintura.

No sé qué entusiasmos hicieron vibrar mi corazón de niño; contemplaba aquel cuadro con éxtasis que hoy no puedo explicarme aún. Las lenguas de fuego que se levantaban sobre las grandes astillas parecieronme de una viveza y un color sorprendentes; no he visto nunca más color de oro ni tonos azules tan brillantes y tan bellos como el oro y el azul de las llamas de aquella hoguera. ¡Tampoco, ay, he vuelto á tener ocho años!

Un soldado grita de pronto:

—Basta, basta, que el sargento Rodríguez va á hablar.

Se hizo el silencio, un silencio como el de la calle,

hora para lanzar sus sonos, tan tristes como el gemido de los centinelas... Las llamas parecieronme más vivas, más ondulosas, más ardientes; su oro más puro, su azul más intenso... Las sombras de los soldados proyectadas en las paredes de la cocina semejaban grandes monstruos amenazando devorarse mutuamente.

Mirábamos ansiosos al sargento... Al principio no pude ver su cara; envolviáse el hombre soñolientamente en una rica colcha de damasco, como César envolveríase en su púrpura. Aunque muy niño, no fué mucha mi precocidad comprendiendo que la colcha era de la cama que en aquel instante calentábanos á todos.

—Pues, señor, dijo el sargento Rodríguez, estoy acordándome... Hará ocho años, poco más ó menos, de la última vez que estuve en Málaga... Ahora nos han recibido á cañonazos... Aquella vez nos recibieron con vítores y palmas... Ahora ha caído sobre nosotros metralla pura y aceite hirviendo... Aquella vez caían ramos de flores y oíamos gritos de entusiasmo... Es que ahora hemos venido á pelear contra Málaga, y aquella vez desembarcábamos en Málaga de pelear contra el moro.

El sargento calló un instante; su voz había temblado ligeramente. Mientras hablaba arrollóse hasta los hombros la colcha de damasco que le envolvía casi la cabeza. Apareció una cara varonil, morena, curtida, de ojos negros, duros, de pestañas largas, de boca grande, de labios rojos, gruesos, de pelo fino en la cabeza y crespo, erizado en el bigote.

—En los muelles de Málaga, continuó pensativo, y en las calles próximas había más de treinta mil criaturas esperándonos; fué un delirio de aclamaciones y vítores; las calles se cubrían de bande-

ras; los balcones estaban atestados de niñas bonitas flotando todas sus pañuelos y tirándonos flores de los huertos de Málaga famosa, y los curas nos bendecían, las campanas repicaban, las madres se arrojaban á



Me puse más blanco que el papel mientras la señora leía

que es cuanto puedo decir. Ni un murmullo... ni una respiración... Oyéronse entonces los alertas de los centinelas como lamentos quejumbrosos. Creyérase que las campanas de la Trinidad aguardaron esta

que es cuanto puedo decir. Ni un murmullo... ni una respiración... Oyéronse entonces los alertas de los centinelas como lamentos quejumbrosos. Creyérase que las campanas de la Trinidad aguardaron esta

nosotros como leonas para abrazarnos y besarnos; las calles por donde íbamos estaban llenas de juncias y clavelillos de los montes... ¡Bendita sea la Virgen, qué día aquel! Una muchacha de mantilla negra, hermosa como el cielo, con ojos grandes como la mar, con la cintura finilla como una juncia de aquellas que pisábamos, se vino á mí con un manojito de rosas, yo metí las rosas por el tallo en el cañón de mi fusil y perdido el seso por la patria... y por los ojos de la niña morena, sin saber lo que me hice, ¡pum!, le di un beso en un carrillo. Quedé loco de espanto por lo que había hecho; pero ella gritó graciosamente: «¡Viva España! ¡Viva la reina!» Y me puso el otro carrillo.

Yo me alejé llorando con el manojito de rosas en el cañón de mi fusil, orgulloso como si llevara en él toda la sal y todo el garbo de las mujeres andaluzas.

Aquella misma noche fui con una carta que me dió el gobernador de Melilla para una señora malagueña. Recuerdo que vivía la señora en la Alcazaba... Gordo era lo que en la carta le decía el general á la señora... «Su hijo único, un cadetillo bravo como una fiera, que en pocas semanas fué teniente y que estaba ya promovido para el grado de capitán, fué degollado á traición por unos rifeños.» Me puse más blanco que el papel mientras la señora leía. ¡Como que estaba enterado de todo! Pero la señora ni se inmutó siquiera. ¡Vaya un corazonazo el de estas mujeres, Cristo mío! Me cuadré de respeto.

Dobló la carta, preguntándome si sabía detalles de la muerte de su hijo. Se los dije. «El gobernador de la plaza tenía que enviar unos pliegos urgentes á D. Leopoldo O'Donell. ¡Qué día! La plaza llena de heridos, oficiales y subalternos; el teniente Armental, el hijo de la señora malagueña, convalecía de una herida en el hombro, por la que le promovieron al grado... Se brindó el teniente al gobernador para llevar los pliegos. Negáronse por no estar restablecido del todo; insistió diciendo que era una vergüenza, que quería ganar los galones de verdad, y el gobernador, gran amigo de su padre, ya muerto; el gobernador, que amaba al muchacho como si fuese cosa suya, accedió al fin, no teniendo á otro, entonces, que le inspirase igual confianza.

Era por la tarde, partimos; poca gente; el muchacho, cuatro hombres y yo... Parece que le veo preguntándome si quería seguirle; el bigotillo rubio se le erizaba como á los gatos en pelea, y sus ojos azules movíanse como centellas locas. No sé qué picor me entró en la sangre al ver el entusiasmo de aquel niño... Le dije que sí, designó á los otros... ¡A caballo! ¡Fuera! ¡Hala, hala!.. De pronto... ¡Virgen! De entre unas pitas salen algunos tiros; cae el teniente, el caballo escapa, disparamos nosotros sobre las pitas, me apeo, quito al teniente el papel, vamos á las pitas... Un moro muerto, otro herido... El teniente, que era lo que nos importaba, estaba muerto: el moro que reventase allí, si quería. Yo sigo á galope con los otros. Cumpló, entregando el pliego, volvemos, y al llegar á las pitas voy á buscar el cadáver del pobrecillo del teniente... ¡Mil demonios! El cuerpo estaba allí... Estaba allí..., pero sin cabeza. La cabeza, lo supe después, la habían enviado los moros al gobernador de Melilla, mofándose de él y del muerto y encargando al gobernador que se la enviara á la madre del teniente como regalo de las cabilas del Riff.»

Sin chistar oía la señora lo que le conté; pero le corrían por la cara lagrimones como el puño.

—¿Y el moro herido?, me preguntó.

—En Melilla, prisionero: lo llevamos allá con el cuerpo de mi teniente.

—¿Ha curado?, me preguntó otra vez.

—Sí, señora.

—¿Le conocería usted si lo viera?

—Sí, señora.

—¿Quiere usted venir á Melilla conmigo?

Me parece que oigo todavía aquella voz de la se-

ñora; parecía la voz de un muerto... Le dije que sí, pero que con qué licencia.

—La pediré, me contestó; vuelva usted mañana.

Volví. Tenía ya la licencia. Aquella misma tarde nos embarcamos. Al llegar á Melilla se presentó la señora al gobernador. Pidió ver al moro... Se lo concedieron.

—¿Es este?, me preguntó ella cuando le tuvimos delante.

—Sí, señora.

—Déjenos solos.

¿Qué hablaron la señora y el morito? ¡Quién sabe!

que un pillo de aquellos cumplió lo que ofrecía, porque más traicioneros ni más malos no los vimos nunca. Pero es lo que pienso: mediaban en el asunto las talegas de la señora.

Caminando ya, me dijo la señora muy bajito:

—Ese hombre afirma que el hombre á quien buscamos se llama Mahomet Jara y que vive con su madre.

—Pero ¿y si éste mintió? ¿Y si la tropelía la hizo éste y no el otro?

Yo pregunté eso y la señora me contestó muy serena:

—Este no fué; le miré á los ojos y no los inclinó.

Un asesino baja los ojos si le mira la madre del hombre á quien ha matado... Además, sólo eran tres: Mahomet Jara, el que quedó muerto entre las pitas y éste, á quien dejaron ustedes muy mal herido; el que murió no pudo cortarles á mi hijo la cabeza, éste tampoco, porque estaba como sin vida y por muerto le dejaron allí. Fué Mahomet Jara.

Caminamos otro rato; la señora habló así, bajito siempre:

—Mahomet es un cabo de cabilas; anda en conferencias misteriosas con el bajá; se ven de noche en un chozón oculto entre nopales... Este que nos guía era el medianero entre los dos.

Nos callamos, porque el moro se detuvo.

—Aquí es, dijo en un español que merecía cuatro tiros.

—Llama, ordenó la señora.

Llamó, y cuando contestaron dentro, respondió el moro en su infame lengua:

—Abre, Mahomet Jara, que te busco de parte del bajá.

La señora me dijo en tanto:

—Yo entraré sola; espéreme usted con ese.

Se abrió un poco la puertecilla. Yo temblaba... La señora empuja con fuerza y se mete de pronto... Nada se oye. Los minutos me parecían siglos. Creí que era ya un viejo, cuando escuché otra vez las pisadas menuditas de la señora.

—¿Qué ha pasado?, le pregunto ansioso.

—Venga usted.

La seguí. Llegamos... El postigo abierto; un gran candelón colgado de una viga; su luz dificultosa cae lúgubremente sobre Mahomet, tendido en tierra con el corazón atravesado de una puñalada.

—¡Salgamos!, digo con horror.

—¡Aún no!, responde.

Saca el cuchillo de la herida y cercena con un empuje, que no sé de dónde saca, la cabeza del moro. La coge del pelo, la lía en un paño, salimos y va la señora hasta el otro moro que la aguarda.

—Ya sabes, dice solamente; llévasela.

Toma la cabeza del moro y se escabulle sin chistar.

—¿A quién se la lleva?, pregunto muerto de espanto.

Y la señora responde:

—A su madre.

MARTÍNEZ BARRIONUEVO.



ALTAR REGALADO POR EL EXCMO. DR. D. JOSÉ MESSEGUER Y COSTA, OBISPO QUE FUÉ DE LÉRIDA Y HOY ARZOBISPO DE GRANADA, AL SEMINARIO DE LÉRIDA. Obra proyectada y ejecutada por D. Félix Ferrer y Galcerán.

Aquello duró mucho. Cuando acabó de hablar con el moro parecía más muerta que antes. ¡Tendría buenas aldabas la señora, que aquella misma noche quedó el moro en libertad!

Cuando el moro se fué, la señora me dijo:

—Sargento Rodríguez, he averiguado quién disparó sobre mi hijo y quién le degolló; no fué el moro que murió en las pitas, no fué tampoco el que ha quedado libre ahora. El que fué huyó y está vivo. A este que hoy libertamos le daré cuanto poseo; venderé mis casas, venderé mis tierras, le daré todo mi dinero, le daré todas mis joyas, para que haga lo que yo necesito... Nos llevará primeramente adonde el otro vive... Tengo que hablar con él... ¿Quiere usted venir con nosotros?

Muchachos, yo tenía los pelos de punta... Pero la voz de la mujer me tocaba en la sangre como una cosa de mi corazón. «Sí,» dije.

Aquella misma noche salimos; íbamos á caballo los dos solos. El moro esperaba. Fué la primera vez

ALTAR DEL SEMINARIO DE LÉRIDA

Cuando el sabio y virtuoso prelado Excmo. doctor D. José Messeguer y Costa hubo de dejar la sede episcopal de Lérida por haber sido nombrado arzobispo de Granada, quiso que el grandioso Seminario de aquella ciudad conservase un recuerdo de su piadoso afecto, y para ello encargó al laureado escultor D. Félix Ferrer y Galcerán el altar que en esta página reproducimos. El altar es de mármol, de estilo románico, y en su centro se destaca una bellísima imagen de la Inmaculada Concepción, de expresión dulcísima y delicadamente modelada.

Al Sr. Ferrer y Galcerán, de quien hemos reproducido en LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA algunas esculturas bajo todos conceptos notables, enviamos nuestro aplauso por esta última obra, que ha sido con justicia muy admirada por cuantos han tenido ocasión de verla.



BERLÍN. — MUSEO DEL REY FEDERICO GUILLERMO III

MUSEO DE FEDERICO GUILLERMO III

Hállase situado este museo en la llamada Isla de los Museos, porque en ella están reunidos el de Pérgamo, el Olimpia, la Galería Nacional, el Antiguo y el Nuevo, y sus tres fachadas dan al ferrocarril metropolitano del río Spree y á la calle de Kupfergraben respectivamente.



LAUDATE EUM IN CORDIS ET ORGANO, fragmento de un retablo pintado por Huberto y Juan Van Eyck

El edificio es de estilo italiano barroco y sus fachadas principales, divididas por dos resaltes, se elevan junto al agua como los palacios venecianos. El ángulo en donde se abre la entrada forma un hemicírculo

en el que se alza la estatua ecuestre del emperador cuyo nombre lleva el museo. Seis columnas enormes sostienen el piso superior, que termina en una cúpula, y en el ático se admiran diez grupos escultóricos, obra de A. Vogel y Wideman, que representan las Bellas Artes y algunas ciudades famosas desde el punto de vista artístico.

La construcción de este museo, comenzada en 1898, terminó en 1902 y se realizó según los planos y bajo la dirección del arquitecto Ihne.

El interior comprende 30 salas en la planta baja y 50 en el primer piso, que reciben luz, además de la que les llega por las fachadas, de cinco grandes patios. En la escalera principal hay una estatua ecuestre del Gran Elector, copia de la que en 1703 modeló en bronce Schluter y que se considera como una de las mejores obras de los últimos tiempos del Renacimiento; en la escalera pequeña se han colocado las estatuas de los generales de Federico el Grande que antes adornaban la Wilhelmplatz.

En la sala llamada Basilica hállanse las obras de escultura y de pintura procedentes de altares y los mobiliarios de iglesias; mereciendo entre ellas especial mención el famoso retablo de los Van Eyck, del que reproducimos un fragmento en esta página. Las salas del lado del Spree están destinadas á las esculturas de los tiempos cristianos primitivos y bizantinos; las de la parte del Kupfergraben contienen esculturas originales de las escuelas italianas y alemanas.

Hay en ese museo salas especiales reservadas á los tapices de Rafael y á obras de Van Eyck, Rembrandt, Rubens y Tiepolo.

Es imposible dar, en un solo artículo, idea de los tesoros artísticos que en el museo se hallan reunidos. Citaremos, sin embargo, las principales obras que contiene. La antigua escuela de los Países Bajos hállase representada por el retablo citado, por otros retablos de Roger van der Weyden y por cuadros de Petrus Christus, Dierick y Massys. Las escuelas italianas de los siglos xv, xvi y xvii, por lienzos de Botticelli, Signorelli, Tura, Bellini, Rafael, Sebastián del Piombo, Andrea del Sarto, Franciabigio, Bronzino, Leonardo de Vinci, Correggio, Tiziano, Romanino, Savoldo, Moretto, Moroni, Caravaggio, Maratti, Tiepolo y Belotto. La antigua escuela alemana, por retratos de Holbein y Dürero y por numerosos cuadros de Kulmbach, Altdorfer, Cranach, Pencz, Amberger y Bruyn. Las escuelas de los Países Bajos del siglo xvii, por cuadros de Rubens, Van Dyck, Diepenbeeck, van Thulden, van Mol, Snyders, Teniers, Franz Hals, Rembrandt, Ruisdael, Terburg, Hooch, van der Meer, van de Velde, Wonwerman, Heem; Huysum, Weenix y Hondecoeter.

La sección de esculturas italianas es tan rica, que en este punto el Museo de Federico Guillermo III supera, excepción hecha de las de Italia, á las principales colecciones, incluso las de Londres y París. Bastará enunciar los nombres de los principales maestros en ella representados para que el lector se forme cargo de la importancia de la misma, así en cantidad como en calidad: Juan de Bolonia, Andrés Bregno, Bartolomé Buon, G. B. Cavalli, Donatello, A. di Duccio, Fiamingo, Federighi, Mino da Fiesole, Hou-

don, F. Laurana, Leopardi, B. da Majano, F. Maratti, Guido Manzoni, Miguel Angel, Pigalle, Andrea Pisano, Giovanni Pisano, Andrea della Robbia, Luca della Robbia (entre otras obras el relieve que adjunto reproducimos), Cristóbal Romano, Antonio Rossellino, J. Sansovino, D. da Settignano, Sperandio, Tammagnini, Verrocchio, A. Vittoria, Bellano, Bertoldo, Benvenuto Cellini, Moderno, Riccio, Valerio Bello, etcétera.

En las salas de esculturas alemanas, se admiran obras del llamado maestro Cregling, H. Daucher, G. Labenwolf, Mangiot, D. Mauch, Miguel Pacher, T. Riemenschneider, Veit Stoss, J. de Zar. Hay además varias estatuas de greda procedentes de Wurzburg, un relicario de San Patrolo, dos retablos de Soest, del siglo xiii, grupos del éxodo de los Apóstoles y una preciosa colección de pequeñas esculturas de madera, cera, nácar, bronce, marfil, etc., gran número de márfiles bizantinos, alemanes y franceses, y una interesante colección de bajos relieves de los tiempos

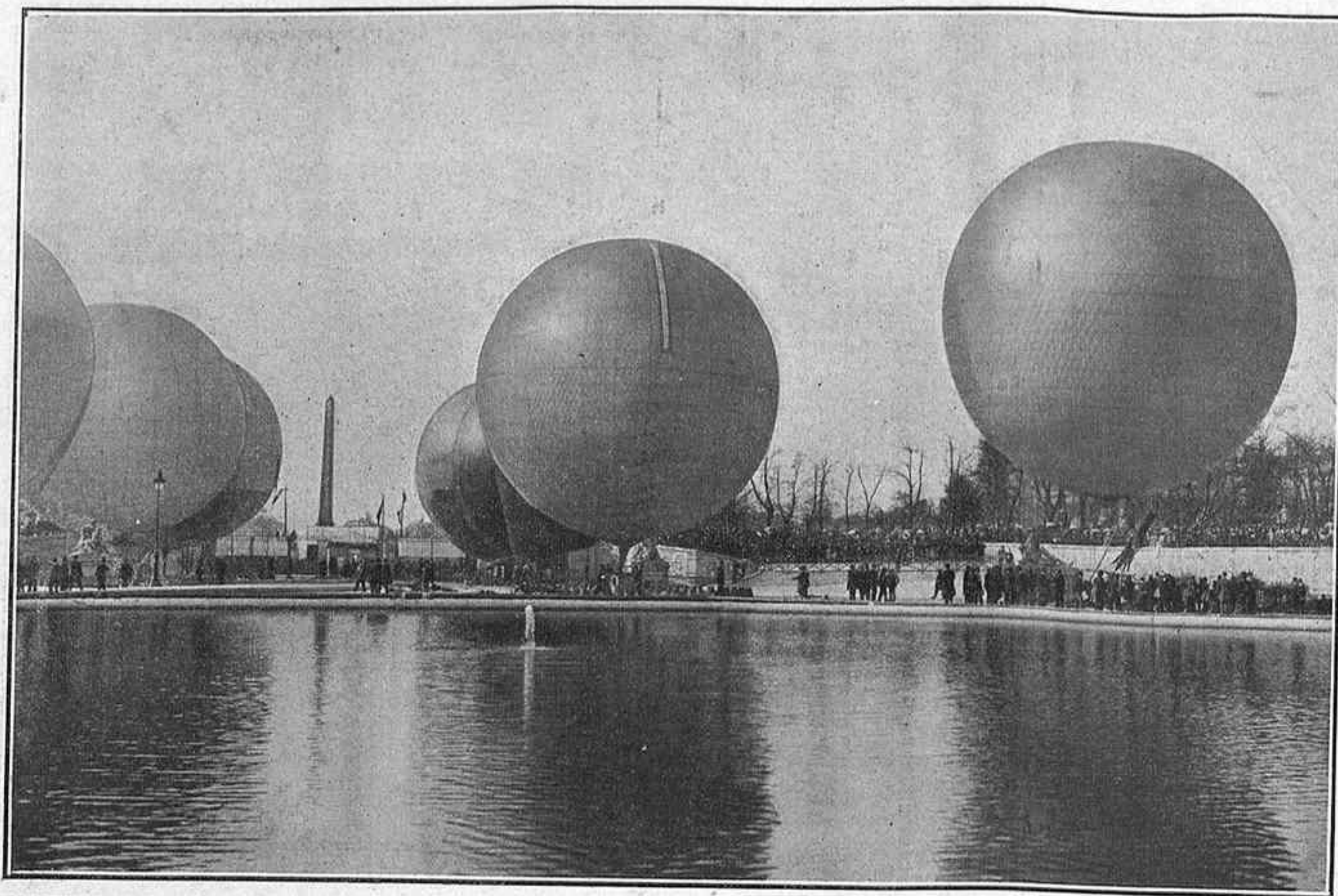


MADONA, relieve de Luca della Robbia

cristianos primitivos y del primer período romano, excelentes obras de las épocas romana, más reciente, y gótica, antiguas lámparas de barro cocido y bronce, dipticos, etc.

El gabinete de medallas contiene 250.000 ejemplares, de los que 75.000 son griegos y 50.000 romanos y se enriqueció especialmente merced á la adquisición de las colecciones Fox, Prokesch-Osten, por cada una de las cuales se pagaron 350.000 marcos, y de las Grote, Dannenberg, Fikentscher é Imhoof, que costaron al Estado 460.000 marcos. Además de las monedas antiguas, hállanse admirablemente representadas en esa colección las alemanas y las orientales, y lo mismo las piezas modernas que las de la Edad media.

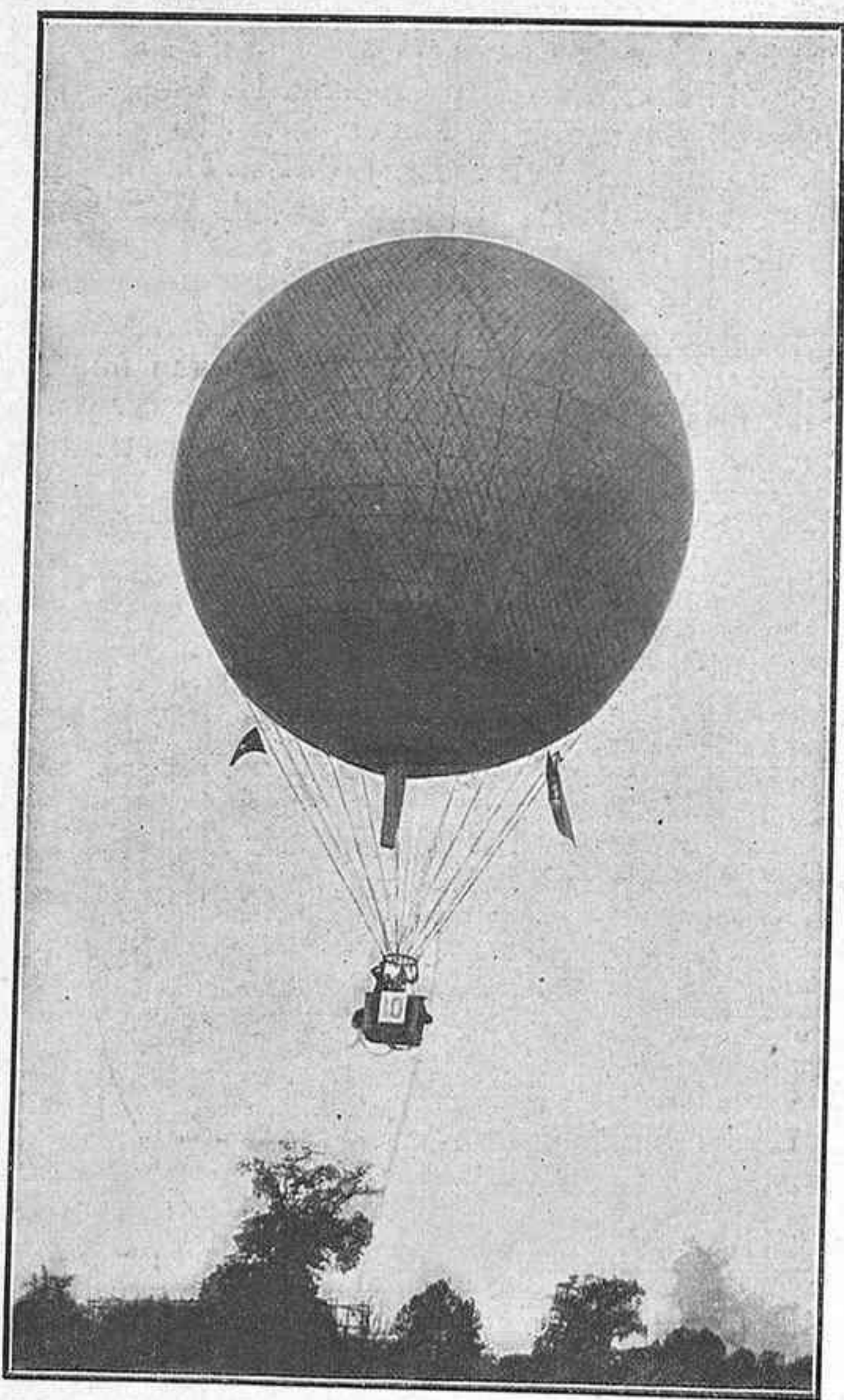
En resumen, el Museo del emperador Federico Guillermo III puede considerarse como uno de los más interesantes del mundo por la variedad, por el número y por el valor artístico de las obras que encierra.—P.



VISTA GENERAL DE LA PLAZOLETA DE LAS TULLERÍAS, MOMENTOS ANTES DE LA ASCENSIÓN DE LOS GLOBOS
(De fotografía de M. Rol y C.ª)

PARÍS. - CONCURSO DE LA COPA AERONÁUTICA
GORDÓN BENNETT

El conocido director del *New-York Herald*, que instituyó hace tiempo la Copa que lleva su nombre para pruebas de automóviles, ha fundado reciente-



EL GLOBO «NORTE» DEL ESPAÑOL SR. SALAMANCA, EN LOS AIRES. (De fotografía de M. Branger.)

mente otra para pruebas de aerostatos, concediendo al vencedor un valioso objeto de arte consistente en una preciosa copa de plata maciza, cincelada por Aucoc, y 12.500 francos en metálico.

La organización del concurso inaugural fué confiada al «Aero-Club de Francia», á cuyo llamamiento respondieron Alemania, Estados Unidos, Bélgica, España, Inglaterra é Italia, representadas por el «Deutscher Luftschiffer Verband», el «Aero-Club de América», el «Aero-Club de Belgique», el «Real Aero-Club de España», el «Aero-Club of the United Kingdom» y la «Societa Aeronautica Italiana.»

He aquí la lista de los aeronautas representantes de las distintas naciones que se inscribieron para el concurso:

Alemania: Hugo von Abercron, en el globo *Düsseldorf*, de 2.250 metros cúbicos.—El barón von He-

wald, en el *Pommern*, de 2.200 metros cúbicos.—I. Scherle, en el *Schwaben*, de 1.500 metros cúbicos.

Estados Unidos: Frank P. Lahm, en el *United States*, de 2.080 metros cúbicos.—Santos Dumont, en el *Deux Ameriques*, de 2.150 metros cúbicos.

Bélgica: E. van Driessche, en el *Oiouki*, de 2.200 metros cúbicos.

España: G. Herrera, en el *Ay-ay-ay*, de 2.250 metros cúbicos.—A. Kindelán, en el *Montaña*, de 2.550 metros cúbicos.—E. G. de Salamanca, en el *Norte*, de 2.250 metros cúbicos.

Inglaterra: F. H. Butler, en el *City of London*, de 2.200 metros cúbicos.—A. V. Huntington, en el *Zephir*, de 2.200 metros cúbicos.—C. S. Rolls, en el *The Britannia*, de 2.200 metros cúbicos.

Italia: A. Vonwiller, en el *Elfe*, de 1.850 metros cúbicos.

Francia: Conde Enrique de La Vaulx, en el *Walhalla*, de 2.250 metros cúbicos.—Conde Castillon de Saint-Victor, en el *Fohn*, de 2.250 metros cúbicos.—J. Balsan, en el *Ville-de-Chateauroux*, de 2.250 metros cúbicos.

El más viejo de esos campeones es Mr. Huntington, que cuenta cincuenta años; el más joven, el señor Salamanca, que tiene veinticuatro.

El concurso efectuóse en la tarde del 30 de septiembre último en París, en el jardín de las Tullerías y fué una fiesta brillantísima, favorecida por un tiempo espléndido y presenciada por un público inmenso, en el que descollaban las más conocidas personalidades de la aristocracia y del mundo deportivo. La

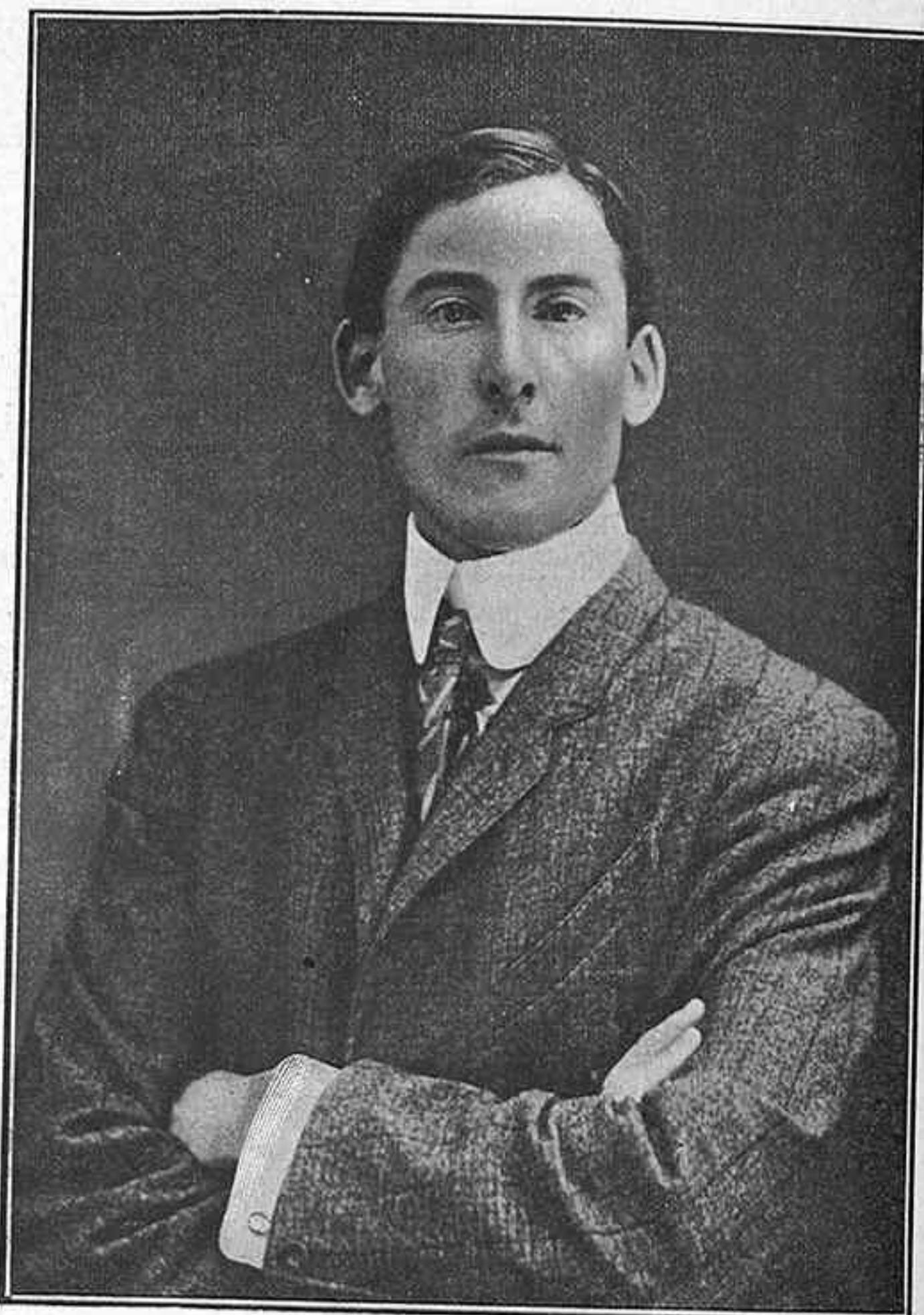
plazoleta en donde estaban instalados los 16 aerostatos ofrecía un aspecto sumamente pintoresco y animado.

A las cuatro de la tarde soltáronse las amarras del globo italiano *Elfe*, á quien por suerte había correspondido ser el primero en ascender; y sucesivamente fueron remontándose en los aires los otros.

La ascensión se realizó en las mejores condiciones y sin el menor tropiezo, lo que dice mucho en favor de la Junta del «Aero Club de France», presidida por el conde de La Vaulx, que cuidó de todos los trabajos preparatorios, trabajos difíciles y muy complicados, dado el número y la capacidad de los globos.

La dirección del viento, contraria á la que se deseaba, ha obligado á los aeronautas á tomar tierra antes de lo que se creía; nueve de ellos descendieron en Francia y los demás, *Montaña*, *Ville-de-Chateauroux*, *Zephir*, *Britannia*, *Walhalla*, *Elfe* y *United States*, atravesaron el Canal de la Mancha y bajaron en Inglaterra por el mismo orden en que los enumeramos.

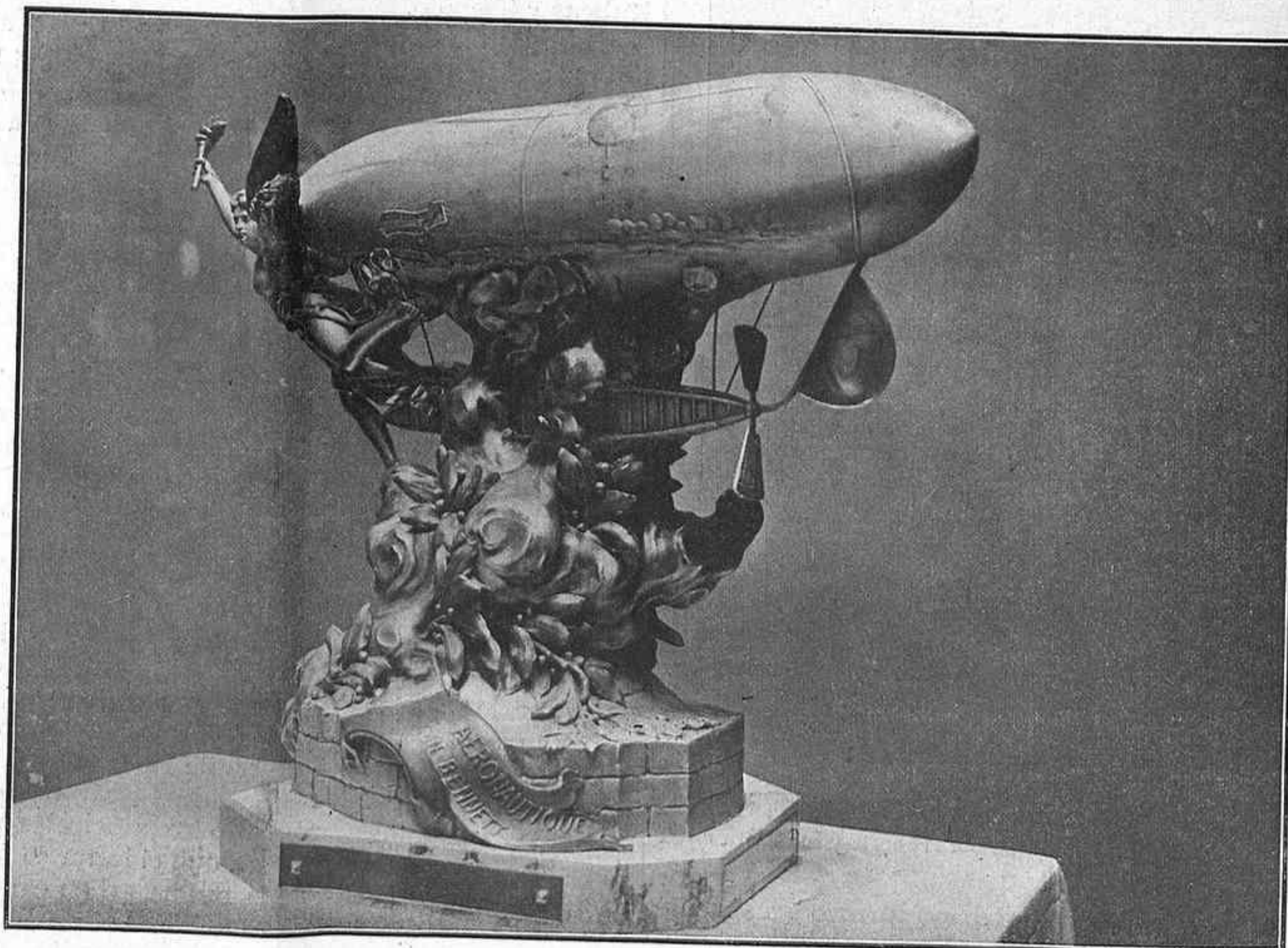
En su consecuencia, ha ganado la copa Gordón Bennett el americano Mr. Frank P. Lahm, que ha recorrido 640 kilómetros. Mr. Lahm nació en Mans-



MR. FRANK P. LAHM, GANADOR DE LA COPA AERONÁUTICA GORDÓN-BENNETT. (De fotografía de M. Branger.)

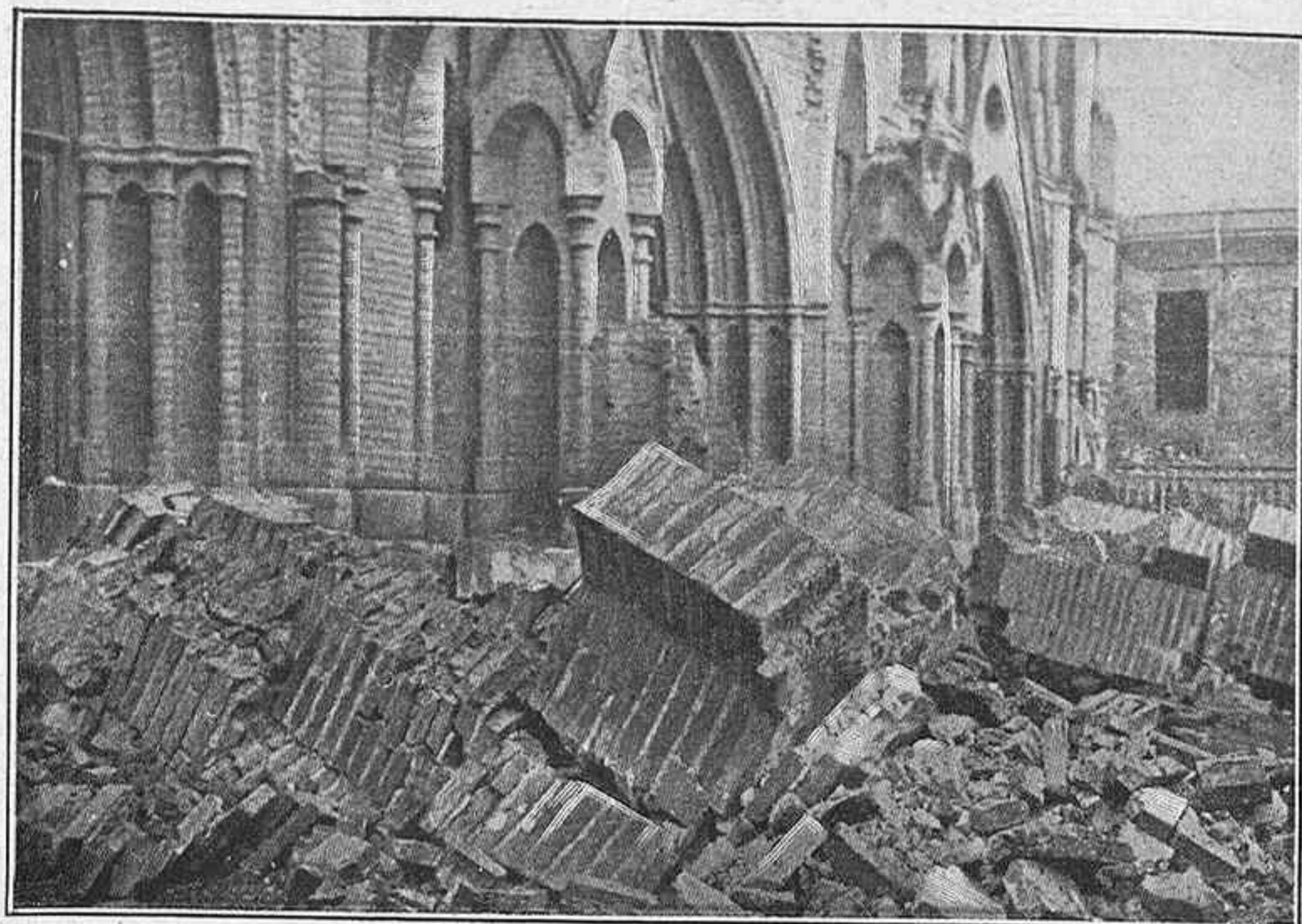
field (Ohio) en 1877 y es profesor de la Escuela Militar de West-Point.

La copa queda, pues, en poder de los Estados Unidos, pero la propiedad definitiva de la misma será de la nación que la gane en tres concursos seguidos.—R.



LA COPA GORDÓN-BENNETT. (De fotografía de M. Branger.)

EFFECTOS DE LOS TERREMOTOS EN SANTIAGO DE CHILE



Templo del Salvador



Una casa derrumbada en la calle de la Catedral

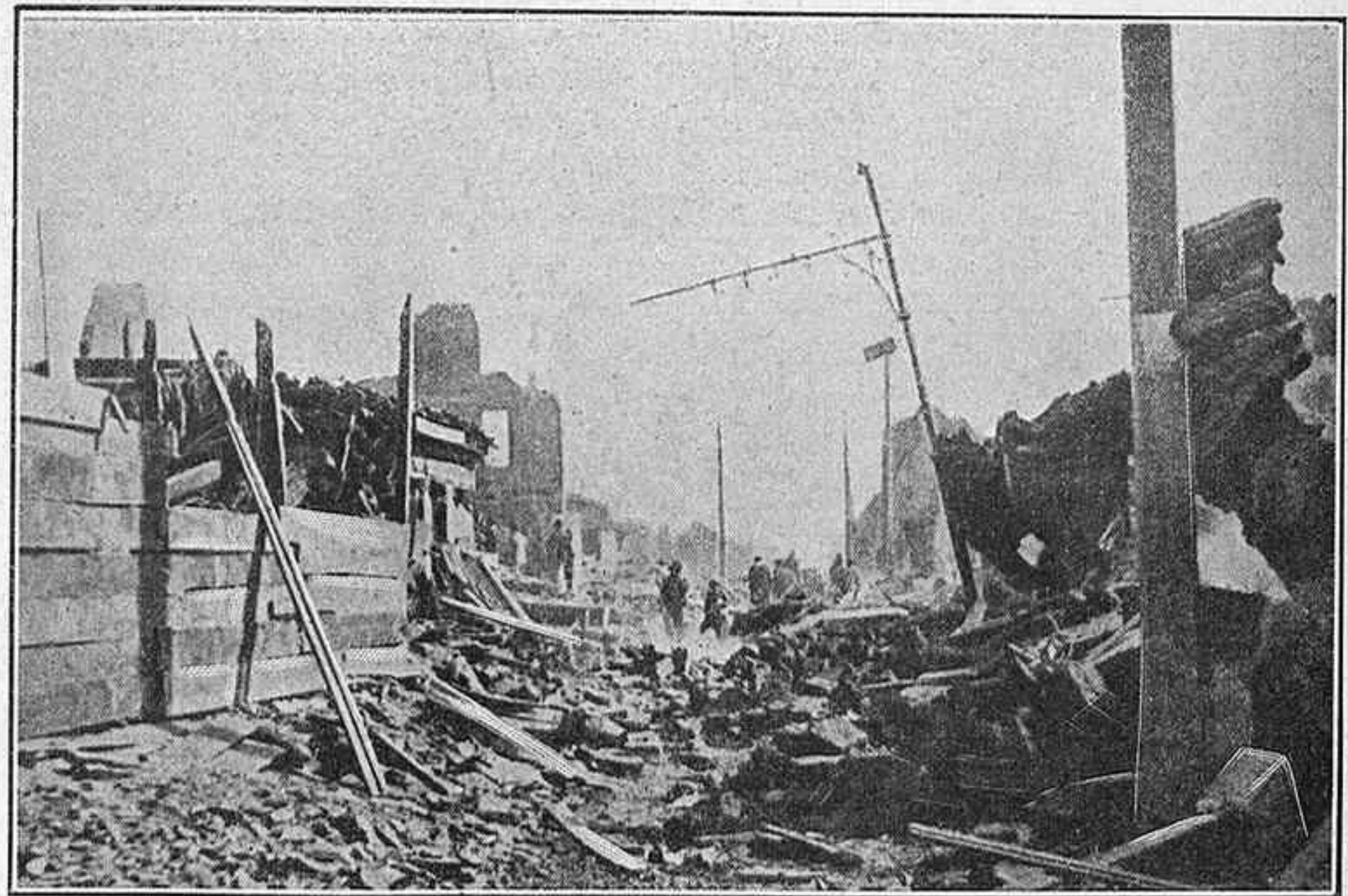
EFFECTOS DE LOS TERREMOTOS EN VALPARAISO



Intendencia y casas de D.^a J. R. de Edwards



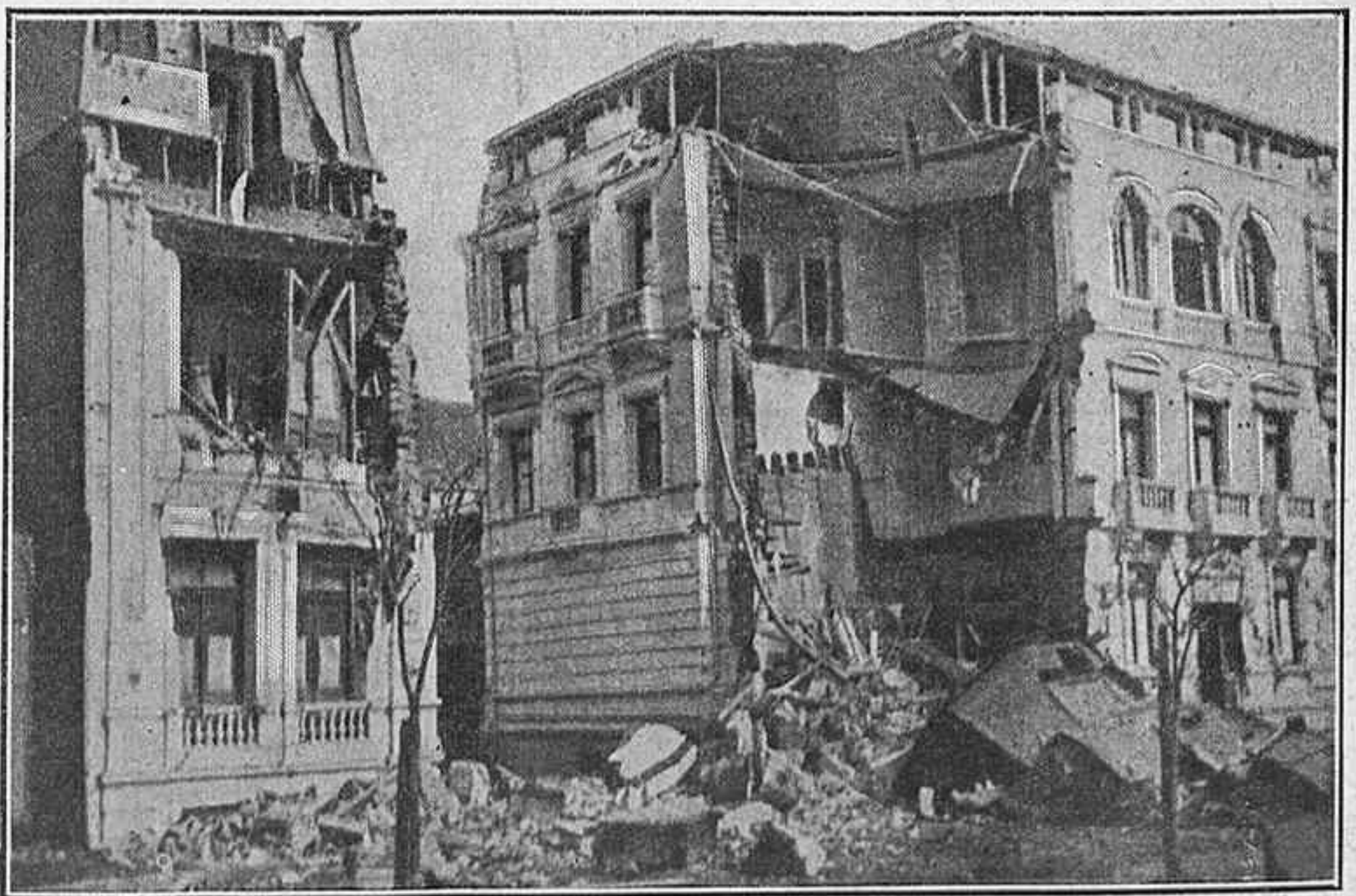
Plazuela de Bella Vista



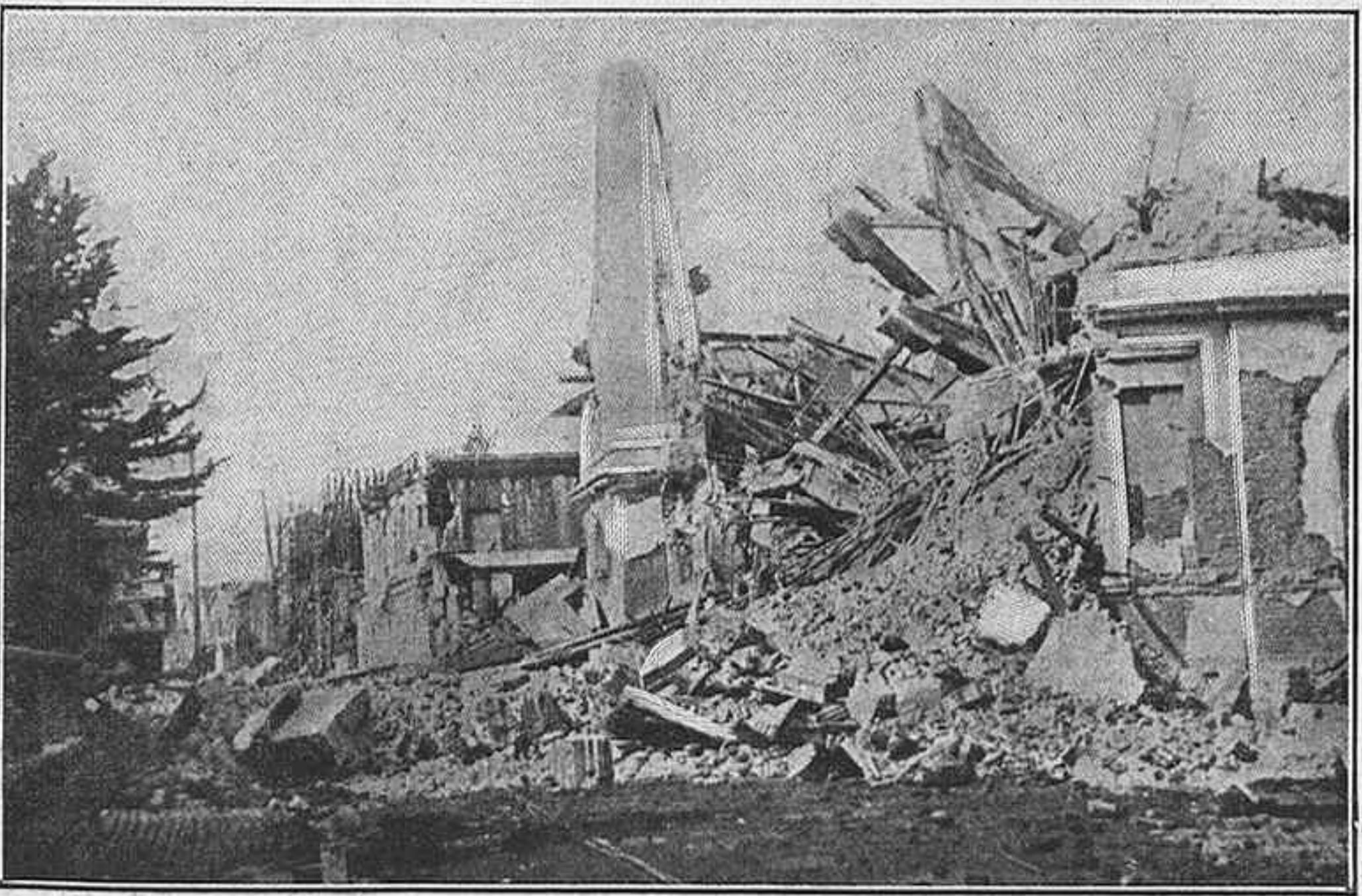
Calle de la Victoria



Teatro de la Victoria



Casas de D. Roberto Délano y D. Jorge Garlands



Gran Avenida

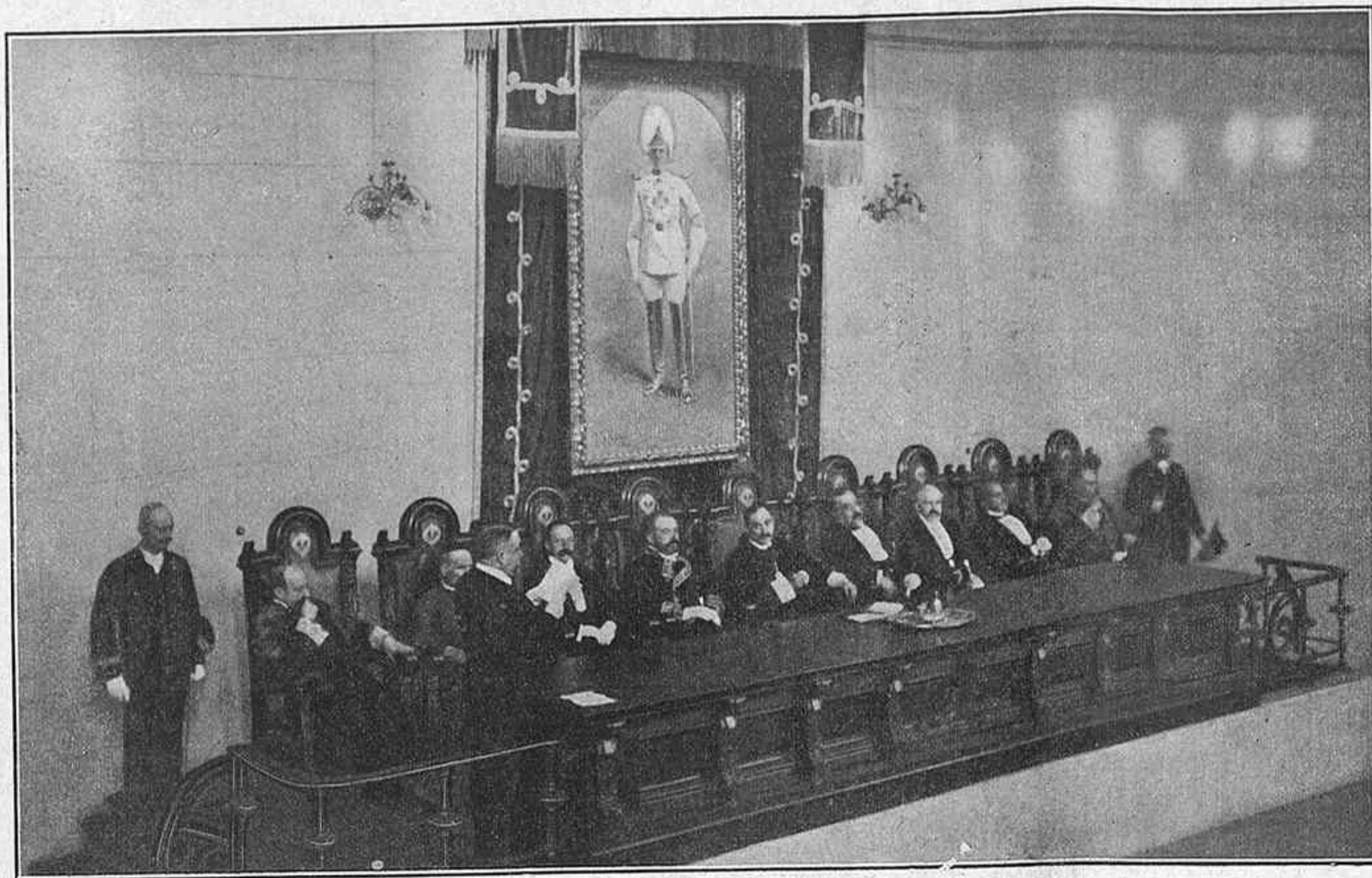
EFFECTOS DE LOS TERREMOTOS DE 16 DE AGOSTO ÚLTIMO EN SANTIAGO DE CHILE Y EN VALPARAISO. (De fotografías.)

erósta-
y ani-
ras del
corres-
mente
ciones
n favor
esidida
os los
y com-
globos.
se de-
rra an-
dieron
ateau-
United
ajaron
nume-
ordón
ue ha
Mans-

TICA
Mi-
Uni-
á de
-R.



LA RUEDA, CUADRO DE BERTOLDO GENZMER, GRABADO POR WEBER. (Fotografía de la Neue Photographische Gesellschaft en Steglitz-Berlin.)



BARCELONA. — INAUGURACIÓN DEL NUEVO EDIFICIO DESTINADO Á LA FACULTAD DE MEDICINA Y Á HOSPITAL CLÍNICO. EL ESTRADO PRESIDENCIAL.

BARCELONA

INAUGURACIÓN DEL HOSPITAL CLÍNICO

En la tarde del 2 de los corrientes efectuóse con gran solemnidad la inauguración del grandioso edificio destinado á Facultad de Medicina y Hospital Clínico. La ceremonia se celebró en el paraninfo y fué presidida por el rector de la Universidad Sr. barón de Bonet, quien tenía á su derecha al gobernador civil Sr. Manzano, al presidente interino de la Diputación Provincial Sr. Oms, al canónigo Sr. Almera, en representación del obispo cardenal Casanyas, y al vicerrector Sr. Benito; y á su izquierda, al presidente de la Audiencia Sr. Muñoz, al alcalde Sr. Sanllehy, al fiscal de S. M. señor Díaz Guijarro y al decano de la facultad de Medicina y delegado regio de Enseñanza Sr. Batllés y Bertrán de Lis.

Las gradas del paraninfo estaban ocupadas por una numerosa y selecta concurrencia, en la que figuraban elegantes damas. El presidente dió lectura de un telegrama en que el Ministro de Instrucción Pública manifestaba que trabajos urgentes reclamaban su presencia en la corte, impidiéndole asistir al acto que se estaba celebrando.

El catedrático de la Escuela de Arquitectura D. Luis Doménech y Estapá, arquitecto y director del Hospital Clínico, leyó una interesante y bien escrita Memoria relatando la historia de la construcción del edificio y describiendo minuciosamente las dependencias del mismo.

El Sr. barón de Bonet dió lectura de un elocuente discurso, en el que después de ensalzar á los iniciadores de la obra señores Magaz y Casaña, relató las vicisitudes por que ha pasado la edificación del nuevo hospital y los obstáculos que habían tenido que vencerse para llevarla á feliz término, dedicó grandes elogios á la Junta Administrativa y dirigió sentidas frases á los alumnos y al claustro universitario.

Terminado su discurso, que fué muy aplaudido, el Sr. barón de Bonet, en nombre del Sr. Ministro de Instrucción Pública, declaró inaugurados el Hospital Clínico y la Facultad de Medicina, y después de dar las gracias á los concurrentes, levantó la sesión.

SAN SEBASTIÁN

COLOCACIÓN DE LA PRIMERA PIEDRA DEL NUEVO ASILO DE NIÑOS Y ANCIANOS DE LA BENEFICENCIA

(Véanse los grabados de la página 648)

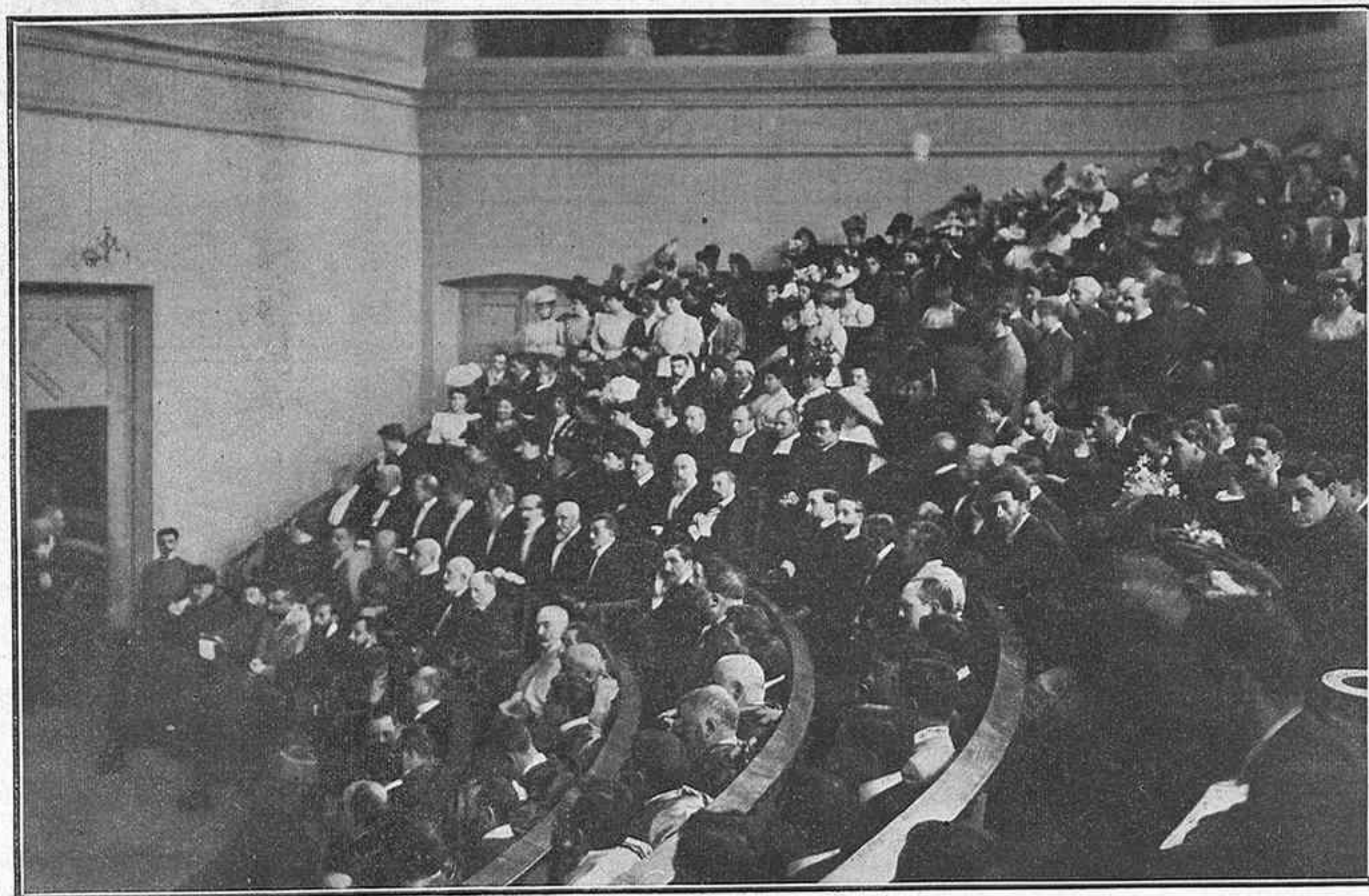
El último acto á que asistieron en San Sebastián Sus Majestades el rey D. Alfonso XIII y D.^a Victoria fué la colocación de la primera piedra para el nuevo asilo de la Beneficencia que se ha de construir en el sitio llamado Zorroaga, próximo al apeadero de Santiago, de la línea del tranvía eléctrico de San Sebastián á Hernani.

Efectuóse el acto el día 24 de septiembre último, habiendo oficiado en él el obispo Sr. Cadena y Eleta. El rey asistió acompañado de su cuarto militar y de la escolta real; una compañía del regimiento de Sicilia, con bandera y música, concurrió á la ceremonia para tributar los honores á SS. MM. También concurrieron la banda municipal y la de los asilados de la Casa de Misericordia.

El nuevo asilo ocupará un monte entero y se compondrá de una serie de pabellones y edificios aislados, según exigen las necesidades modernas; será una instalación verdaderamente espléndida, no faltando en ella nada que pueda afectar á la comodidad é higiene de los asilados.

LOS TERREMOTOS DE CHILE

En el número 1.288 describimos minuciosamente los efectos de los espantosos terremotos ocurridos en Chile el 16 de agosto último; no hemos, pues, de insistir sobre tan terrible catástrofe, cuyas consecuencias podrán, en parte, apreciar nuestros lectores contemplando las vistas que publicamos en la página 655 y comparando algunas de ellas con las que reproducimos en el antes citado número.



EL PÚBLICO EN EL ANFITEATRO DEL PARANINFO. (De fotografías de A. Merletti.)

LA RUEDA, CUADRO DE BERTOLDO GENZMER

(Véase la lámina de las páginas 656 y 657)

¡Cuánta verdad, cuánta vida, cuánto movimiento en ese lienzo! Los siete niños cogidos de las manos, sorprendidos por el artista en un momento de expansión, son un prodigio de naturalidad; esos rostros están animados por la alegría que suele ser patrimonio de los pocos años, y sus cuerpecitos se mueven con esa agilidad y esa gracia propias de los hijos del campo, de los que han nacido y se crían en contacto directo con la madre naturaleza.

El prado que esmaltan algunas silvestres florecillas y el paisaje que apunta en el fondo son dos notas sobriamente tratadas que contribuyen al buen efecto de la composición y que armonizan por modo admirable con el delicioso grupo infantil.

MISCELÁNEA

Bellas Artes.—PARÍS. — El famoso escultor Augusto Rodin está trabajando actualmente en un monumento que se ha de erigir en París á la memoria de Puvis de Chavannes. En el boceto se ve el busto del gran pintor y á su lado un laurel; un genio arranca una rama del árbol para ofrecérsela al artista.

— El conocido pintor y ceramista Moreau-Nelaton ha regalado al Museo del Louvre su gran colección, que comprende 92 cuadros y 50 dibujos y pasteles; entre estas obras hay 35 cuadros de Corot, 11 de Delacroix, 6 de Decamps y varios lienzos y dibujos de otros artistas más modernos, como Manet, Fantin Latour, Carriere, etc.

Espectáculos.—PARÍS. — Se han estrenado con buen éxito: en la Gaité *Jean Chouan*, drama en cinco actos y seis cuadros de Luis Decori y Pablo Olivier; en Cluny *Mes oncles s'amuse*, vaudeville en tres actos de Hugo Delorme y Francisco Gally; en el teatro Antoine *La vie publique*, comedia en cuatro actos de Emilio Fabre; y en la Porte Saint-Martin *Cinderella*, comedia de magia en 45 cuadros de Arturo Collins y Emilio Herbel.

BOUQUET FARNESE VIOLET 29.^a des Italiens.

BARCELONA. — Se han estrenado con buen éxito: en Romea *Saló de conferencias*, pieza en un acto de D. Eduardo Aulés; *Cor d'angel*, comedia en dos actos de D. Ramón Surinyach Baell; y *Arrels mortas*, drama en tres actos de D. J. Puig y Ferrater; y en el Principal *Festa completa*, cuadro de costumbres ampurdanesas, letra de Federico Palma y música de doña Narcisca Freixas.

En el Eldorado funciona una buena compañía de declamación castellana que dirige el conocido primer actor Sr. García Ortega y de la que forman parte las reputadas actrices señoras Alverá, Nestosa y Bremón.

Necrología.—Han fallecido:

Mrs. Craigie, notable escritora norteamericana, más conocida por su seudónimo de John Oliver Hobbes.

Eugenio Félix, célebre pintor austriaco, ex presidente de la Sociedad de Artistas de Viena.

El príncipe Alberto de Prusia, regente del ducado de Brunswick desde 1885.

Filiberto Audebrand, el decano de los escritores franceses, contemporáneo de Dumas (padre), Gautier, etc.

Carlos Cantoni, filósofo italiano, profesor de la Universidad de Pavía, autor de varias obras notables, entre ellas una sobre Kant.

Nicolás Ssobke, historiador de arte ruso.

Wolfgang Kirchbach, novelista y poeta lírico y dramático alemán.

Dr. Jacobo Ulrich, profesor de Filología románica de la Universidad de Zurich.

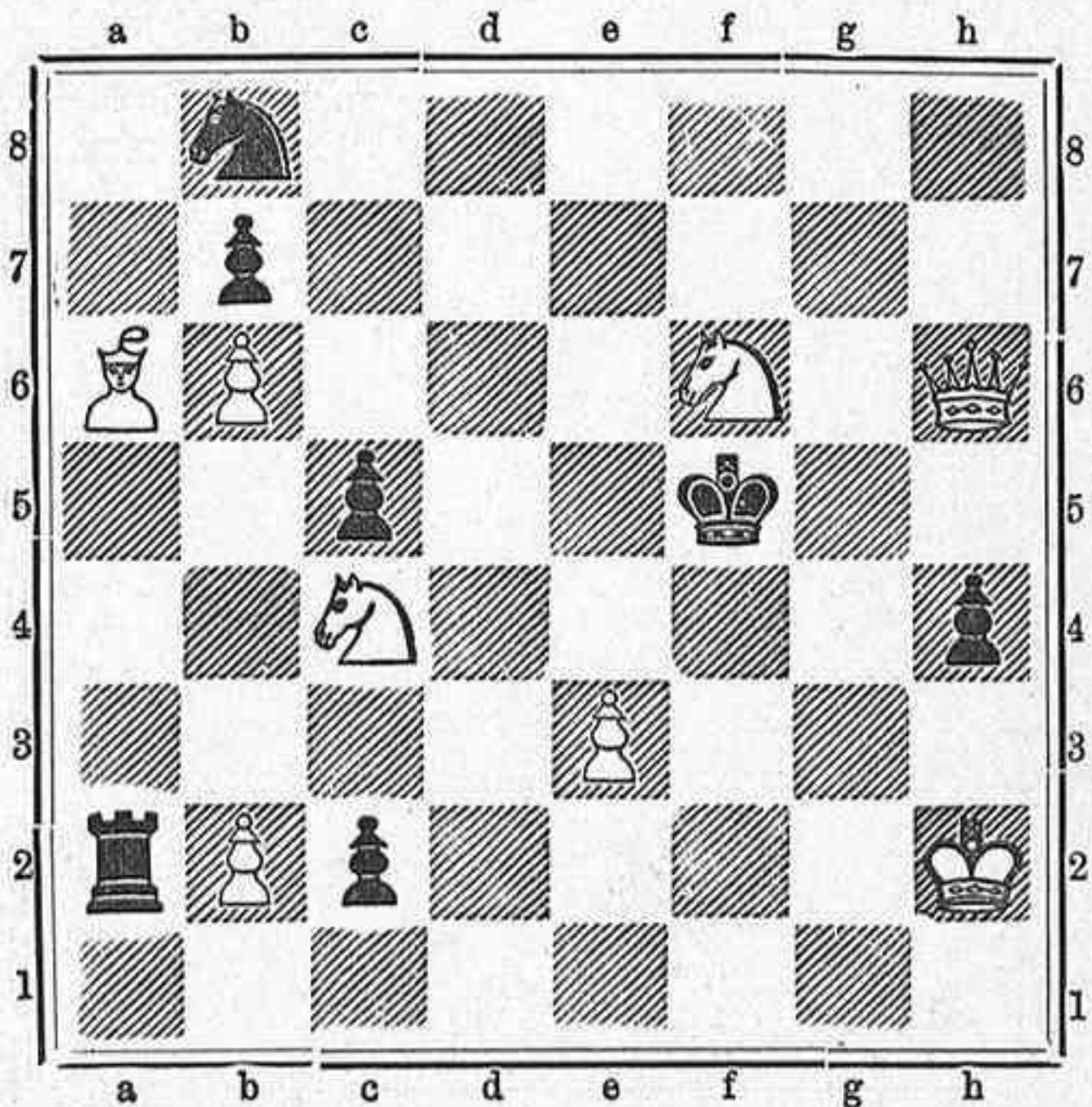
Dr. Eduardo Freudenreich, célebre bacteriólogo suizo.

Dr. Isidoro Neumann, profesor de Dermatología de la Universidad de Viena.

AJEDREZ

PROBLEMA NÚMERO 441, POR V. MARÍN.

NEGRAS (7 PIEZAS)



BLANCAS (8 PIEZAS)

Las blancas juegan y dan mate en tres jugadas.

SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚM. 440, POR V. MARÍN.

- | | |
|----------------------|----------------|
| Blancas. | Negras. |
| 1. d2-d3 | 1. Cualquiera. |
| 2. P, A, D ó T mate. | |

LA FUERZA DEL PASADO

NOVELA ORIGINAL DE DANIEL LESUEUR.—ILUSTRACIONES DE MARCHETTI

(CONTINUACIÓN)

Si Cristiana hubiera tenido sangre bohemia en las venas en vez de su pura sangre azul, la hubiera vertido toda para apagar la sed de aquel á quien quería unir á ella para siempre, y hubiera dedicado á ese rito bárbaro un pensamiento místico, aumentado por la intensidad de su deseo. Su sentimiento religioso, que ella conocía, era vivo y sincero; su amor, que ella no conocía, se mezclaba con él en seguida para inspirarse en él y añadirle más fuerza.

Se conmovió, sin embargo, porque Antonio se callaba y creía ver un dolor en ese silencio. Cuando los labios tratan de interpretar á unos corazones que se entienden por lo bajo, pero que los discursos separan, son más elocuentes permaneciendo callados ó pronunciando palabras sencillas que no turben las armonías secretas.

—¿Le he disgustado á usted?, preguntó Cristiana.

Antonio se puso la mano en los ojos y murmuró:

—Perdóneme usted...

¿Ocultaba sus lágrimas? La joven tembló como los débiles tallos que un vientecillo agitaba alrededor de ellos.

—¿Por qué me ha hablado usted de matrimonio?, dijo. Yo no me casaré nunca.

—Yo tampoco, exclamó el joven, mostrando brusca-mente una cara en la que Cristiana descubrió, en efecto, trazas húmedas alrededor de los párpados.

Cristiana sonrió al oír esta exclamación. Aquel fué su primer movimiento de malicia y de coquetería involuntaria; á pesar de todo, era mujer.

—Se asegura, dijo, que el amor transforma la visión que se tiene de la vida.

—¿Amará usted bastante para que cambie la suya?, preguntó Antonio.

—¿Y usted?

—¡Pero si es la misma, admirable y poco razonable niña!, exclamó el joven. ¡Ah! Quisiera hacerme la ilusión de que no era á usted indiferente para que fuera inútil demostrárselo. Entonces le

probaría á usted que en mi respeto de los antiguos mitos, que han dado la vida á mi arte y formas de belleza á los ensueños de mi alma, existe el sentido de su piedad. Como en mi comprensión de todo lo que es humano, hasta del mal...—sí, me atrevo á decirlo, hasta del mal—existe el sentido de su caridad. Como en el heroísmo que empleo en no engañar á usted en cuanto á mi incapacidad de creer, existe el sentido de su verdad. Hace un momento me decía usted que sería un día la misma. ¿Qué día, si no es hoy? ¿Aquel en que venga á decirle que tengo fe?... ¿Quién le probará entonces si la tengo ó si mi adoración por usted pone en este pobre mundo una mentira más, una de esas mentiras que le causan á usted tan justo horror?

Un dejo indefinible daba á estas últimas palabras no se sabe qué sonriente inverosimilitud, qué ligereza en el ardiente fondo de pasión que permitía á la joven no ofenderse. Cristiana no se engañó, sin em-

bargo. En su conversación no había sido interesante más que lo que no decían; pero, justamente, llegaban al fin de lo que podían decir. Una palabra más y llegaban á las frases demasiado decisivas. Los dos re-

cariñoso y se apoyaría contra aquel hombro tan querido!..

Hasta tal punto el amor más ardiente se considera, á veces, rico con un pobre recuerdo.

VII



¡Ah, qué hermosa es usted!.., murmuró Gerardo con una entonación apasionada...

El castillo de Feuilleres tuvo un nuevo huésped. Gerardo pasó en él las cuatro ó cinco semanas de su convalecencia. Pero aunque era de la familia, y á pesar de la presencia de sus dos hijos, que creaban un lazo tan fuerte, Sebourg resultaba allí más extraño que el extraño cuyo sitio ocupaba. Antonio había dado expansión á los corazones; Gerardo los hacía contraerse. No sólo no tenía un pensamiento común con su suegro ni, sobre todo, con la esposa de éste, sino que Cristiana no dudó ya de que los tenía hostiles. Sin embargo, Cristiana no sabía interpretarlos. La molestia dolorosa que parecía experimentar su madre delante de Sebourg, y la dureza que tomaban los ojos de este hombre cuando miraba á la condesa, provocaban en la joven un sentimiento penoso. Es verdad que no se trataba más que de matices. La delicada altivez de la señora de Feuilleres y la perfecta cortesía de Gerardo, no hubiesen dejado percibir esos matices á alguien menos sensible, menos atento ó menos directamente interesado que Cristiana. Pero no se escapaban á la alarma filial.

Sebourg, sin embargo, se esforzaba por no imponer el aspecto de una fisonomía taciturna por costumbre y que las catástrofes recientes impregnaban de una ruda tristeza. Gerardo se encerraba en el departamento puesto á su disposición y recibía los cuidados de un doméstico adicto venido con él de París para la carrera de automóviles y que no se había separado de su cabecera desde el accidente. Cuando tomaba parte en la vida de familia, se ocupaba sobre todo de

Roberta y de Francisco; los niños eran un pretexto de distracciones, sin el cual semejante existencia íntima apenas hubiera sido tolerable, y su travesura impedía que durase ese silencio prolongado que es tan dulce entre personas que se entienden y tan cargado de un peso opresor cuando se adivina que hay en él pensamientos de desconfianza ó de amargura.

Cristiana era la única persona á cuyo lado parecía Gerardo recobrar un poco de elasticidad de alma, sobre todo cuando estaban solos ó con los dos niños. ¿Qué carácter no se hubiera dulcificado al lado de Cristiana? Tenía una dulzura tan contagiosa y una bondad tan comprensiva... Tocaba los puntos más irritantes del corazón con tan ingeniosas y hábiles precauciones... Su defecto era, acaso, un temor exagerado de hacer sufrir, y la imposibilidad de hacer ver á los demás que percibía sus deformidades morales. Así, había guardado de la confesión de su cuñado una especie de horror; y sin embargo, como le

trocedieron; la una por pudor, el otro por el terror de lo irrevocable.

Por otra parte, les parecía que habían removido los mundos. Estaban colmados por lo infinito del sentimiento; no podían ya dudar de su mutuo amor. Lo que sería de él era el secreto del porvenir; el presente estaba demasiado nutrido para que no se detuviesen en él para saborearle mejor. Se hallaban en ese adorable período del amor en el que confesarlo es menos delicioso que callarlo.

—Vamos á buscar á mi padre, dijo Cristiana.

Y hasta la orilla no cambiaron más que palabras insignificantes. Solamente un tacón de los zapatitos de Cristiana se torció contra una piedra, y Antonio extendió prontamente los brazos para sostenerla durante unos segundos.

¡Cuántas veces iba Antonio á rehacer ese ademán en pensamiento!.. ¡Cuántas Cristiana, en la soledad, sentiría deslizarse alrededor de ella aquel brazo tan

suponía remordimientos proporcionados á lo que había de odioso, de astuto y de brutal en su conducta con Antonieta, á la que enloqueció hasta la muerte, Cristiana sentía por él una inmensa lástima. Lo que comprendía de la espantosa tragedia de Montestruc, le hacía entrever en aquel desgraciado angustias íntimas de las cuales se espantaba su sensibilidad. En sus relaciones con él cuidaba de ocultarle su antipatía, á fin de no añadir una pena más á las que estaba sufriendo, aunque fuese justamente.

En aquel generoso cuidado había un peligro en el que la modestia impedía á la joven pensar. Y era que su compasión y su deseo de consolar á un ser menos culpable que víctima de extrañas fatalidades, se expresaban en la cara más deliciosa y en unas pupilas negras cuya dulzura se embellecía con las suaves intenciones de la caridad interior. El peligro se agravaba porque Gerardo, alma simple y violenta, estaba predestinado á inflamarse tarde ó temprano con alguna pasión temible. Nunca había experimentado lo que podría ser en él la fuerza del amor, pues no había tenido por su mujer más que una afección tranquila, ni por otras más que breves caprichos sensuales. Podía suceder que lo ignorase siempre, pero su naturaleza no le permitía sentir el amor á medias.

El destino anuda sus intrigas y hace estallar sus efectos teatrales con un arte al que no podrían llegar los más presuntuosos novelistas, que no disponen, como él, de lo infinito de las causas ni de la multiplicidad innumerable de los resortes. Sus preparaciones se limitan á algunos breves datos. Por eso no tienen derecho de desarrollar ante sus lectores los inauditos azares de la vida. Los sucesos que nos asombran sin cesar en realidad, no serían más que baja literatura de folletín sin el inconmensurable encadenamiento de los hechos que los hacen, no verosímiles, puesto que no los percibimos más que en una escasa parte, sino teóricamente posibles. Ese encadenamiento es lo que ningún autor podría plagiar de la obra de ese prodigioso dramaturgo que es Dios y cuyos prólogos proceden de siglos.

Todas las circunstancias, sin exceptuar una sola, que orientaban la vida de Cristiana y la de Gerardo, convergían hacia la situación terrible en que iban á encontrarse y los mantenían en la imprevisión que la haría ser más inextricable.

Cristiana amaba, lo que duplicaba en sus ojos el velo de ceguera ya colocado por su candor y su inexperiencia. Sebourg llevaba apenas hacía cinco meses el luto de su mujer, un luto lleno de remordimientos, y estaba más ignorante todavía de las sorpresas del amor que aquella casta joven, porque él era incrédulo. Pensó al principio que sólo le conmovía una simpatía delicada, único bálsamo bienhechor caído en la cruel irritación de sus heridas. En seguida percibió en sí mismo la gratitud y la admiración por aquella segunda madre que habían encontrado sus hijos.

—Mi pobre Antonieta no se ocupaba de ellos tanto como usted, decía á Cristiana; los abandonaba demasiado á los criados y á su aya; pero las exigencias del mundo la absorbían por completo, y los trajés... Solamente el tiempo de probárselos devoraba sus días.

—¡Cállese usted!, decía dulcemente Cristiana, con un reproche melancólico más cerca del ruego que de la acusación.

—¡Qué poco se parece usted á ella!, seguía diciendo Gerardo. Es verdad que es usted solamente su hermana de padre. Pero ella había recibido la misma educación que usted en este austero castillo...

—No, explicaba la hija de Adrianá. Mi padre, según he oído decir, no hizo dimisión ni vivió tan retirado hasta después de su matrimonio con mi madre. Su primera esposa tenía gustos muy diferentes. Antonieta fué festejada y rodeada como lo es una hija de general en la más brillante sociedad militar, teniendo un nombre como el nuestro y siendo bonita como ella. Debió de contárselo á usted.

—Es posible, dijo distraídamente Gerardo, con una mirada que más bien se dirigía hacia aquella criatura graciosa y llena de una vida chispeante, que al fantasma ya menos distinto de la muerta.

Cristiana insistía en el cambio producido en su padre por su segundo matrimonio.

—Sólo mamá ha sabido comprenderle; en seguida participó de su culto por Feuilleres y se encerró aquí con él. Joven como era, se complació en esta soledad. Mi pobre papá había sufrido mucho por los gustos frívolos de su primera mujer.

—Por fortuna, desapareció á tiempo, replicó una vez Sebourg con una áspera ironía que dejó á Cristiana confusa.

A causa de Roberta fué sobre todo como Gerardo empezó á sentir confusamente la influencia de Cristiana y la atmósfera de alma que esta joven creaba alrededor de ella y que iba á llegar á no tener precio

para él. La niña, con su cara redonda y grave, de grandes ojos, de princesita bizantina, con sus intrépidos caprichos y su voluntad testaruda, encantaba y exasperaba á su padre. Gerardo la adoraba, la mimaba y la trataba con dureza; no se podía decir que la educaba mal, pues sus procedimientos con ella estaban muy lejos de ser un sistema cualquiera de educación, aun detestable; pero tan pronto se regocijaba con las escapatorias de la niña, la admiraba contra toda razón y exaltaba su pueril orgullo, como se arrebatada en bruscas cóleras si las desobediencias de la pequeña dejaban de corresponder á lo que podía agradarle ó á su humor del momento. Había entonces luchas, que no dejaban de ser cómicas, entre las dos voluntades igualmente obstinadas de aquel hombre y aquella niña caprichosa, de aquel coloso y de esa sílfide. Se parecían demasiado para no chocar, y estos choques se producían muy pronto á causa de la importancia que Sebourg daba á la pequeña. Esta le hacía frente con una audacia que no tenía precio, y él no lo encontraba siempre gracioso y no se acusaba de aquel estado de cosas. No viendo más medio que la fuerza para domar á la niña, se servía de la suya y llegaba á veces hasta pegar á Roberta.

Cuando Cristiana vió un día aquella mano, que hubiera hecho daño á un caballo, levantarse contra una niña de cinco años, se quedó consternada. Miss Gertie, que había llevado la culpable á su padre, no parecía muy extrañada por aquellos procedimientos correccionales verdaderamente británicos. Roberta estaba tiesa y firme bajo la amenaza de un cachete que parecía deber aniquilarla, y con su carita pálida hasta los labios y los ojos agrandados y brillantes de furor y de lágrimas contenidas heroicamente, protestaba con esta sola frase:

—La tía Cristiana no me pegaría...

El nombre produjo un efecto mágico, pero más aún la aparición de la que evocaba la infantil angustia.

Cristiana, que vituperaba por lo bajo al padre, trató de no dejarlo ver.

—No te pegaría, dijo, porque te portas conmigo como una niña sensible que da pruebas de tener corazón á falta de razonamiento; pero con papá resultas un animalito tozudo. Se dan latigazos á los burros rebeldes porque no hay otros medios de hacerse comprender por ellos.

—Yo no soy un burro, declaró Roberta, pues un burro, con sus herraduras, no podría recortar estampas, y yo he recortado las del alfabeto que el abuelo me ha dado para que aprenda á leer.

—¡El abecedario del Delfín!, exclamó Cristiana, pensando cuánto estimaba su padre aquel precioso y único ejemplar y cuánto sentiría su pérdida.

—Era un librote viejo, declaró Roberta encogiéndose de hombros.

—Ahí tiene usted lo que ha hecho, dijo Gerardo; y acaba de gritar pataleando que lo volverá á hacer si le parece. Tía Cristiana, le abandono á usted esta fea niña; no quiero oír más hablar de ella. Ha sido suerte que haya usted venido, porque le iba á administrar la corrección que merece y respondo de que se hubiera acordado.

Cristiana, que había sentido un verdadero espanto ante la cólera de Gerardo, le agradeció, sin pensar siquiera en atribuirse el mérito de ello, que se hubiera dominado tan pronto. La joven no dedujo ningún indicio alarmante para su propia tranquilidad de aquella flexibilidad en una naturaleza tan brusca y no notó la entonación singularmente tierna de aquel «tía Cristiana,» pronunciado por él en presencia de la niña.

El instinto más perspicaz de la pequeña no se engañó en esto.

—Tía Cristiana, dijo cuando su padre salió dando un portazo, puesto que papá desea tanto darte gusto, pídele que no me vuelva á pegar... Porque si lo hace, siento que le voy á odiar.

Y añadió levantando su orgullosa cabecita:

—No quiero que se me toque... Soy Roberta de Sebourg.

Cristiana se servía precisamente de esa altivez para obtener un poco de juicio de aquella niña difícil, y en esta ocasión trató también de hacerlo; pero la ingeniosa educadora estaba un poco distraída de su misión. Las palabras de su sobrina: «Puesto que papá desea darte gusto,» habían proyectado en el fondo de su mente un vago resplandor. Como siempre, cuando se forma en nosotros una noción inconscientemente preparada, ese resplandor se avivó con ligeros indicios hasta entonces inadvertidos y que surgieron bruscamente en su memoria. Cristiana sintió un extremo malestar, pero se acusó de él más que le sufrió. Y, en seguida, se absorbió en el deber inmediato.

Lo más importante no era el arrepentimiento de la

pequeña culpable, sino obtener del padre una modificación en su manera de tratar á la niña, manera que la joven consideraba deplorable. Cristiana buscó la ocasión de hablar á Gerardo á solas, y la encontró por la noche, después de comer, mientras Gerardo fumaba un cigarro paseando por el jardín, entre la claridad gris y rosa de un largo crepúsculo de junio.

Cristiana le expuso los argumentos que había meditado todo el día, y lo hizo con un ardor frío y una gravedad que él no le conocía. La joven trataba de no apartarse de su tema y de no emplear más que argumentos de razón, evitando toda alusión á sus propios sentimientos y, sobre todo, esas frases de comprensión lastimera sobre las tristezas que podían ensombrecer el alma de su cuñado y excusar su rudeza. Ayer hubiera hecho uso de esos llamamientos al corazón y de esas dulzuras envolventes; hoy se lo prohibía una tardía presciencia.

Sebourg escuchaba y no respondía. No era el hombre de esos análisis ni de esas sutilidades. Si la voz deliciosa de Cristiana no hubiera parecido deliciosa á sus oídos, sobre todo en aquella sombra creciente del antiguo parque, cuya poesía sentía vagamente, á pesar de su poca impresionabilidad para los encantos de la naturaleza, hubiera tratado todo aquello de ergotismo; pero el amor despierta en los seres menos finamente vibrantes sensibilidades imprevisibles. Entre los dos interlocutores se extendía la vasta sábana de la ancha pradera entre las filas de oscuros olmos. Veíase en el fondo un cielo verdoso y rojizo en el que se dibujaba la ligera media luna apenas visible del cuarto creciente. Y las líneas simples de aquel decorado, la claridad infinita en que iban á parar, los matices de la luz moribunda y el fresco olor de la noche producían la nostalgia de un vago pasado. Los nervios resultaban disueltos en cierto enternecimiento.

—¿Por qué se toma usted tanto trabajo para convencerme, Cristiana? Diga usted que tal es su deseo, y haré lo que usted quiera.

¡Qué acento tan cambiado!.. ¿De dónde venía aquella dulzura y aquel estremecimiento nunca advertido?

—No se trata de mí, replicó vivamente la joven.

Todo su ser se retraía, como ofendido ya, sin comprender todavía. Antonio no le hubiese hablado con esa sumisión trivial que hacía desagradable la extrañeza del tono; habría tenido ideas propias y las hubiera dicho, sugiriéndole á ella otras. Su matizada inteligencia era un campo de descubrimiento, y el quisquilloso pudor de Cristiana se sentía en completa seguridad á su lado. En aquel minuto, el contraste entre los dos hombres se marcó tan vivamente, sobre todo por lo que inconscientemente echaba de menos al otro (qué divina velada si el uno hubiera estado en el puesto del otro...) que Cristiana se separó de su cuñado con un movimiento de imperceptible repulsión.

Gerardo no adivinó más que su descontento porque no le traía más pronto á sus teorías; pero puesto que prometía conformarse con ellas... Él no tenía pretensiones pedagógicas; para él, cuando un niño se mostraba poco dócil se le daban azotes. El temor al castigo era para los chiquillos el comienzo y el fin de la sabiduría, y había que castigarlos, no cuando hacían mal, sino cuando el mal que hacían molestaba á sus padres. Eso les enseñaba á vivir y á saber que la libertad de los unos tiene por límite el daño que hacen á los otros. No teniendo teorías psicológicas más profundas que presentar á su cuñada, tuvo la prudencia de guardarse aquéllas para él.

—Para qué tantas demostraciones, dijo de repente. Usted hace de Roberta lo que quiere, casi sin castigarla, y yo, que la aplastaría de un papirotazo, no consigo dominarla. Esto prueba la inmensa necesidad de usted que tenemos ella y yo, mi querida Cristiana: ella para aprender á parecerse á usted; yo para no sufrir con esta niña á quien adoro, y, sobre todo, para no hacerle sufrir inútilmente.

—Pero, dijo Cristiana con una claridad intencionada, yo no estaré siempre con ella. Los niños no están con nosotros más que durante el verano, é irán después á vivir con usted en París.

Sebourg guardó silencio.

—Vamos á casa, dijo Cristiana. Siento que no consienta usted en...

Gerardo la interrumpió poniéndole la mano en el brazo, pero ella se separó con vivo ademán.

—¿En qué no consiento?, dijo Gerardo con una emoción casi impresionante. ¿En qué puedo yo no consentir que usted desee? Si no comprendo mal, no encuentra usted oportuno que sacuda un poco á ese diablillo de Roberta; pues bien, doy á usted mi palabra de honor de no levantarle más la mano. ¿Es eso lo que esperaba usted de mí?

—¡Ah!, exclamó Cristiana en la alegría del resultado, doy á usted las gracias; es ese un juramento por el cual le estoy profundamente agradecida.

Gerardo vio que la sinceridad de su decisión y la totalidad de su obediencia le habían valido todo lo que podía esperar aquella tarde. No se le habían escapado ciertas entonaciones casi ofensivas de Cristiana ni la retirada ostensible de la joven ante una familiaridad hasta entonces tolerada como fraternal. ¿Era ya aquello una lucha abierta? ¿Era la lucha eterna entre la virginidad asustadiza que se defiende y el atrevimiento masculino que quiere conquistar? Gerardo sufrió el salvaje vértigo de la fiera que siente estremecerse su presa, hasta entonces sin desconfianza, cuando ve de repente una mirada fija y terrible, y desde ese minuto, sintió en sí mismo el desencadenamiento de la pasión.

Cristiana no advirtió esa fatalidad hasta dos ó tres días después.

Estaba sentada en el banco de la plazoleta rodeada de pinos, allí donde había comprendido que Antonio la amaba y tenido la intuición de una dicha inmensa. Venían á su memoria todos los detalles de su grave conversación; pero, sobre todo, el minuto conmovedor en que los dos se habían callado y en que su silencio les había unido más fuertemente que todas las palabras.

Desde que Antonio se marchó, había escrito dos veces al conde de Feuilleres, y siempre había colocado en el mismo sobre una carta para Cristiana. El padre entregó aquellas misivas á su hija con una reflexión sonriente:

—Nuestro amigo te envía consideraciones filosóficas y te toma por director de conciencia; me parece que desea mucho ser convertido por ti.

—¿Me permite usted que le conteste, papá?

—¿Yo? Desde luego, si tu madre no ve en ello inconveniente. ¿Pero tendrás alientos bastantes? Tu corresponsal aboga con elocuencia por la causa del humanitarismo racional y de la evolución, contra la religión revelada y contra la fijeza de ciertos principios que nosotros tenemos por inmutables y eternos. Es una cosa tan rara, al menos en Francia, ver á las muchachas discutir con los jóvenes sobre tales materias, que te autorizaría para ello, aunque no fuera más que por la originalidad del hecho. Le Bray vale más, por otra parte, que este argumento de excepción. Contéstete, hija mía; es digno del honor que le hará así la señorita de Feuilleres.

La joven había visto en aquella frase la aprobación de una amistad que sus padres consideraban como susceptible de transformarse después en otro sentimiento, sin que hubiese razón para temerlo. Sus padres, pues, tenían por Antonio una estimación suficiente para hacerles pasar por la falta de origen aristocrático que podían desear en un yerno, y esta certeza fomentó el ensueño, ya tan dulcemente distinto, que palpaba en el corazón de Cristiana. Al escribir á Antonio, dejó correr por su pluma la esencia misma de su alma, dominada ahora por la idea que él le había inspirado y que se desarrollaba en ella: «No hay nada irreducible entre nosotros.» Pero ella quería realizar esa unión de sus pensamientos en el dominio de sus entusiasmos y de su fe, y esa perspectiva se le aparecía ahora como un fin accesible, inefable y supremo.

En esto pensaba en aquel banco, en la cálida soledad del verano, entre aquel aroma de los pinos que llegaba ahora tan fuerte hasta su corazón. La potencia evocadora del perfume iniciaba á su candor juvenil en las primeras complicidades turbadoras de la naturaleza y del amor, y su alma formal estaba meditando sobre los argumentos con que podría reducir á aquel querido espíritu incrédulo. Pero el aliento de los árboles, al hinchar su pecho y al rozar su nariz y sus labios, hacía presente para ella la presencia corporal en que brillaba aquel espíritu; veía la cara morena de tan fina energía, con su nerviosidad sarracena y sus ojos cambiantes de terciopelo y oro; oía su voz de entonaciones un poco veladas, y sentía alrededor de su talle el brazo tan pronta y tiernamente protector.

Una extraña inquietud la arrancó bruscamente de sus sueños. Cristiana tuvo el sentimiento de que la espían. Una penosa atracción le hizo volver la cabeza, y, á poca distancia, entre la hojarasca, vio á su cuñado que la contemplaba con una expresión que nunca le había visto.

La sangre se agolpó en la cara de la joven: le pareció que aquellos ojos extrañamente ávidos acababan de sorprender su alma desnuda y de violar en ella el secreto que ella misma no se atrevía á descubrir, y su indignación se aumentó con la instintiva antipatía que sentía á veces por Gerardo. Nunca aquella fisonomía brutalmente bella le había causado tan verdadera repulsión.

Cristiana irguió el busto sin levantarse del banco, pues se sentía muy temblorosa, y miró á aquel hombre que la contemplaba y que no era ya para ella un

pariente, un amigo ni un hermano, sino una especie de agresor. Pasó un minuto lento, revelador, intolerable.

Por fin, Gerardo dió unos pasos y se aproximó á Cristiana, y á medida que avanzaba, la expresión de sus facciones se hacía más humilde, más sumisa, y, por fin, enteramente suplicante. Cuando estuvo á su lado, juntó las manos é hincó una rodilla en tierra.

Pero no tuvo tiempo de acabar su acción; Cristiana se levantó como galvanizada de horror y Gerardo la oyó balbucir:

—¡Oh! No, eso no, eso no, aquí no...

Y echó á correr, pero él la alcanzó y la cogió de un brazo.

—Escuche usted... Respóndame, Cristiana. ¿Qué le he hecho yo á usted?

Cristiana pudo desprenderse y se quedó inmóvil con los hombros pegados á un pino y más pálida aún al lado de aquella rojiza corteza; una indecible angustia hacía desfallecer.

—¡Ah, qué hermosa es usted!..., murmuró Gerardo con una entonación apasionada hasta el sufrimiento y como si esa exclamación hubiera brotado de él contra su voluntad.

—¡Le prohibo á usted hablarme así, se lo prohibo!..

—¿Por qué? ¡Oh! Cristiana!..

—¡Dios mío!..., dijo la joven con los ojos dilatados y como si no pudiese creer en la realidad. ¡Es horroroso!..

—No, no es horroroso, Cristiana querida, sino muy natural. Tenía que suceder; ¿podía yo no adorar á usted?.. ¡Oh! Hace poco tiempo que lo sé... y lo temía... No soy digno de usted, pero usted me ha cambiado ya y hará de mí el hombre que quiera... ¡Ha tenido usted de mí una lástima tan divina! Y la lástima está tan cerca de la ternura... Que había creído...

Cristiana le interrumpió. Aquella lástima que invocaba no existía ya en su corazón. La repugnancia que crecía en ella y que se inflamaba con todos los recuerdos y todas las visiones, y sobre todo por el recuerdo de Antonio, hubiera hecho cruel á aquella niña tan dulce, que le dijo anhelosa:

—¿Pero mi hermana, mi hermana, á quien usted ha?..

Sin duda no hubiera pronunciado la palabra, pero era bastante el sugerirla. Gerardo, sin embargo, la sintió hundirse en él como la hoja de un puñal en plena carne. ¿Había olvidado la joven, al verle allí temblando de amor y deshecho en súplicas, el ser de violencia que realmente era aquel hombre?.. Cristiana se estremeció de espanto físico ante el relámpago salvaje que le ordenaba callarse.

—¡No diga usted eso!.. Es usted la última que debiera decirlo.

Cristiana tembló ante el sentido profundo de aquel grito y se quedó muda. Gerardo retrocedió dos pasos y se puso las manos en los ojos, sacudido por un desgarrador sollozo.

Un poco después se repuso y se acercó á ella con cara sombría, en la que los ojos de pizarra relucían duramente bajo unas cejas demasiado crespas y demasiado negras.

—Nunca hubiera creído que usted me odiase.

—No le odio á usted, Gerardo; nada me haría odiarle, nada..., excepto...

—¿Qué?

—La idea de que pensase usted en mí de otro modo que como en una hermana.

Gerardo mostró una risa sardónica y dolorosa.

—¡Una hermana!.. ¡Convención absurda!.. No lo era usted de Antonieta más que á medias, puesto que no tenían la misma madre, y de todos modos no lo será usted mía. Nada se opone á que sea usted mi mujer..., ninguna conveniencia, ninguna ley.

—¡Jamás!.. exclamó. ¡Jamás será su mujer!

Gerardo fijó en ella una mirada oscura, llena de amenazas, de ironía, de orgullo herido y de sufrimiento; una mirada tumultuosa que se esforzaba por mostrar una frialdad implacable.

—Hace usted mal, dice Gerardo con expresión de enigma.

Dió en seguida una vuelta sobre sí mismo, como una fiera cautiva á la que un enemigo inaccesible acaba de tocar con un hierro ardiendo á través de los barrotes de su jaula. Encontró al paso el tronco, ya sólido, de un arbolillo, le cogió con una mano y le rompió fácilmente de una sacudida. Una maraña de ramas cayó al suelo y se mezcló con las hierbas en la sombra verdosa y tranquila. Hacía ya un momento que Sebourg se había marchado, y todavía estaba Cristiana, con el corazón atrozmente oprimido, mirando aquella vida vegetal que iba á marchitarse allí, mientras el tronco mostraba sus filamentos arrancados, tiernos y húmedos como nervios. Era aquello un presagio y como un símbolo que aumentaba el terror de la joven.

—Es preciso que hable á mis padres, pensó Cristiana; debo advertirles.

Volvióse al castillo con esas intenciones; pero á medida que se aproximaba asaltábanle vacilaciones imprevistas. ¿Debía agravar las disposiciones ya severas en que se encontraba el conde respecto de su yerno?.. ¿Era indispensable alarmar el alma naturalmente asustadiza de su madre?.. Si se producía una explicación tempestuosa, era de temer que Sebourg se marchase precipitadamente de Feuilleres y se llevase á sus hijos... Y Cristiana quería tener á su lado á aquellos pobres niños que tanto la necesitaban. El padre se iría, no cabía duda. ¡Le había hablado tan claramente!.. Por otra parte, estaba curado de sus heridas y próximo á marcharse de todos modos. Si las cosas seguían su curso, Gerardo regresaría á París y dejaría allí á sus hijos todo el verano, con su institutriz. Un rompimiento podría traer la separación definitiva entre ella y sus sobrinos. ¿Y cómo evitar un rompimiento si los señores de Feuilleres sabían que el hombre del que tenían tantas quejas, el marido casi voluntariamente matador de Antonieta, el adversario irreconciliable de la segunda condesa, el hurtaño intruso que nunca había obrado como hijo respecto de ellos, pensaba en casarse con su segunda hija?.. Solamente ese deseo provocaría su indignación. Y el hecho de haber expuesto esa pretensión á su hija sin consultarlos previamente, los incitaría al rigor.

—Sería abominable para todos nosotros, pensó la joven, y las primeras víctimas serían Roberta y Francisco. No, no, no diré nada. ¿Para qué? No he dejado á ese insensato ni sombra de esperanza, y, después de todo, es hombre galante. Nos va anunciar su partida y todo acabará sin escándalo.

No se engañó mucho en sus previsiones en cuanto á la marcha material de los sucesos. Gerardo, en efecto, no tardó en dejar Feuilleres y no hubo con él ninguna explicación desagradable; al contrario, hacia el fin de su estancia pareció que se mejoraban sus relaciones, y el conde tuvo con su yerno movimientos de confiada cordialidad. La misma Adriana debió de sentir menos en su presencia la contracción interior que su hija conocía tan bien.

Pero hubo un punto en el que Cristiana conoció que se había equivocado. Su poco conocimiento de los hombres y de la pasión le habían hecho pensar que un amor como el de Gerardo se desanimaba ante una negativa terminante; pero Sebourg, antes de marcharse, le hizo comprender claramente que no era dueño de cambiar de sentimientos y que se obstinaba en conservar esperanza. Aunque Cristiana evitó cuidadosamente encontrarse á solas con él, no separándose de su madre en cuanto estaba fuera del seguro asilo de su cuarto cerrado, Gerardo había sabido decirle esas palabras llenas de ardor y significación y echarle esas miradas en las que se pone toda la llama interior, tales como podían ocurrírsele á un ser como él, tan poco acostumbrado á las flexibilidades del lenguaje y á las gracias aduladoras, pero cuyos impulsos simples, impetuosos y sinceros surgían como el relámpago de la nube ó el torrente de la roca, con un ímpetu natural que no carecía de grandeza.

El alma de Cristiana se llenó de tristeza y de miedo. Tembló al pensar lo que podría ser la rivalidad de Gerardo y Antonio si la desgracia quería que esos dos hombres se encontrasen frente á frente. No ignoraba que habían estado ya á punto de batirse á causa de Antonieta. ¿Qué pasaría entre ellos en el día, que ayer preveía de un modo tan radiante y que hoy casi temía, en que fuese la prometida del hombre á quien amaba?

Por lo menos iba á estar libre del malestar inmediato que le causaba la presencia de Sebourg. El día de su partida, cuando se cerró la verja, después de dar paso al coche que se llevaba al viajero, acompañado hasta Montauban por el conde, Cristiana tuvo la sensación de que se desataban las cuerdas que le anudaban el corazón. Los mismos niños, que vertían sus lágrimas fáciles y sin dolor porque «papá se marchaba,» echaron de ver el alivio repentino que hizo á su tía arrojarle alegremente en sus brazos.

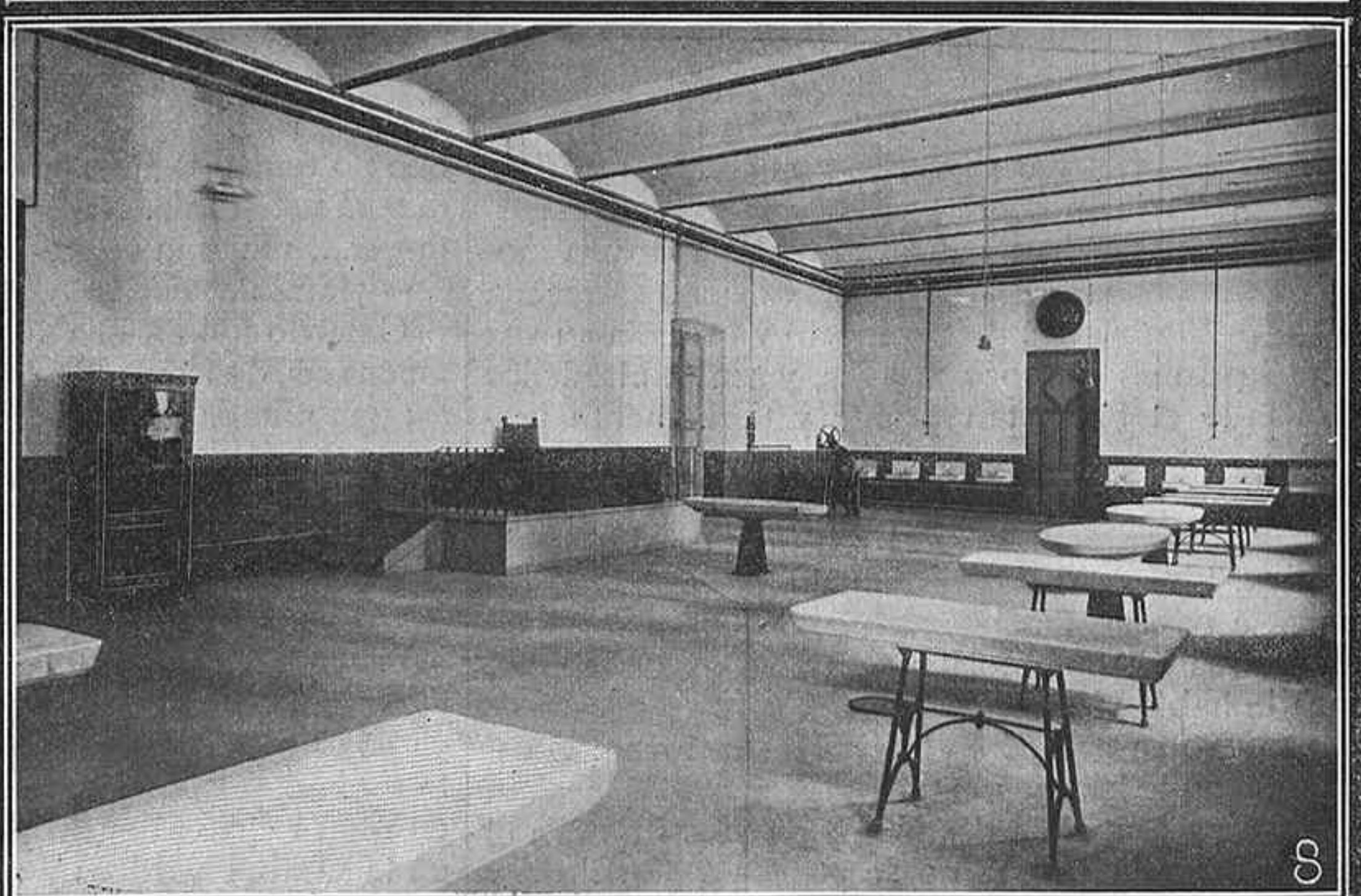
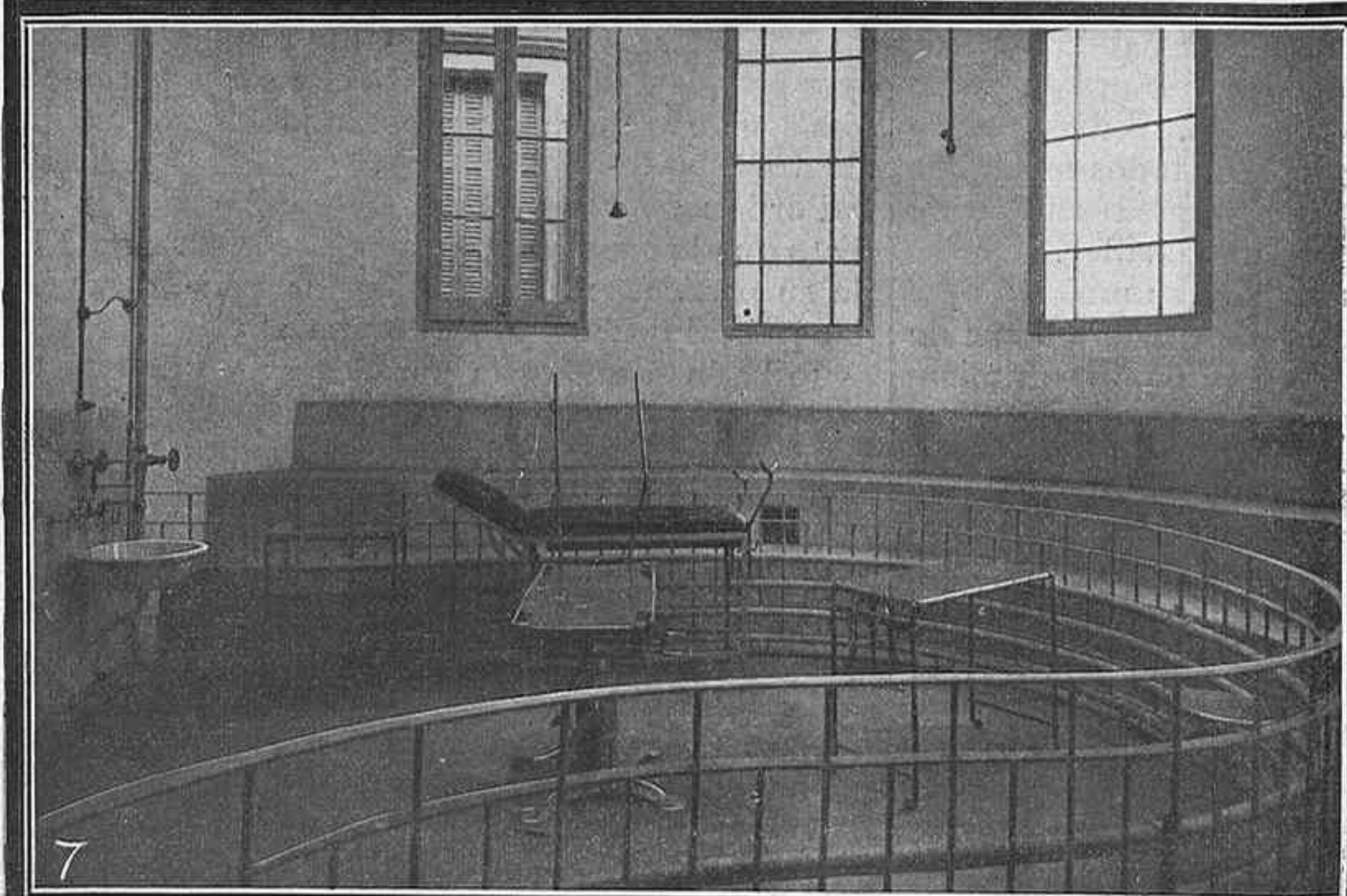
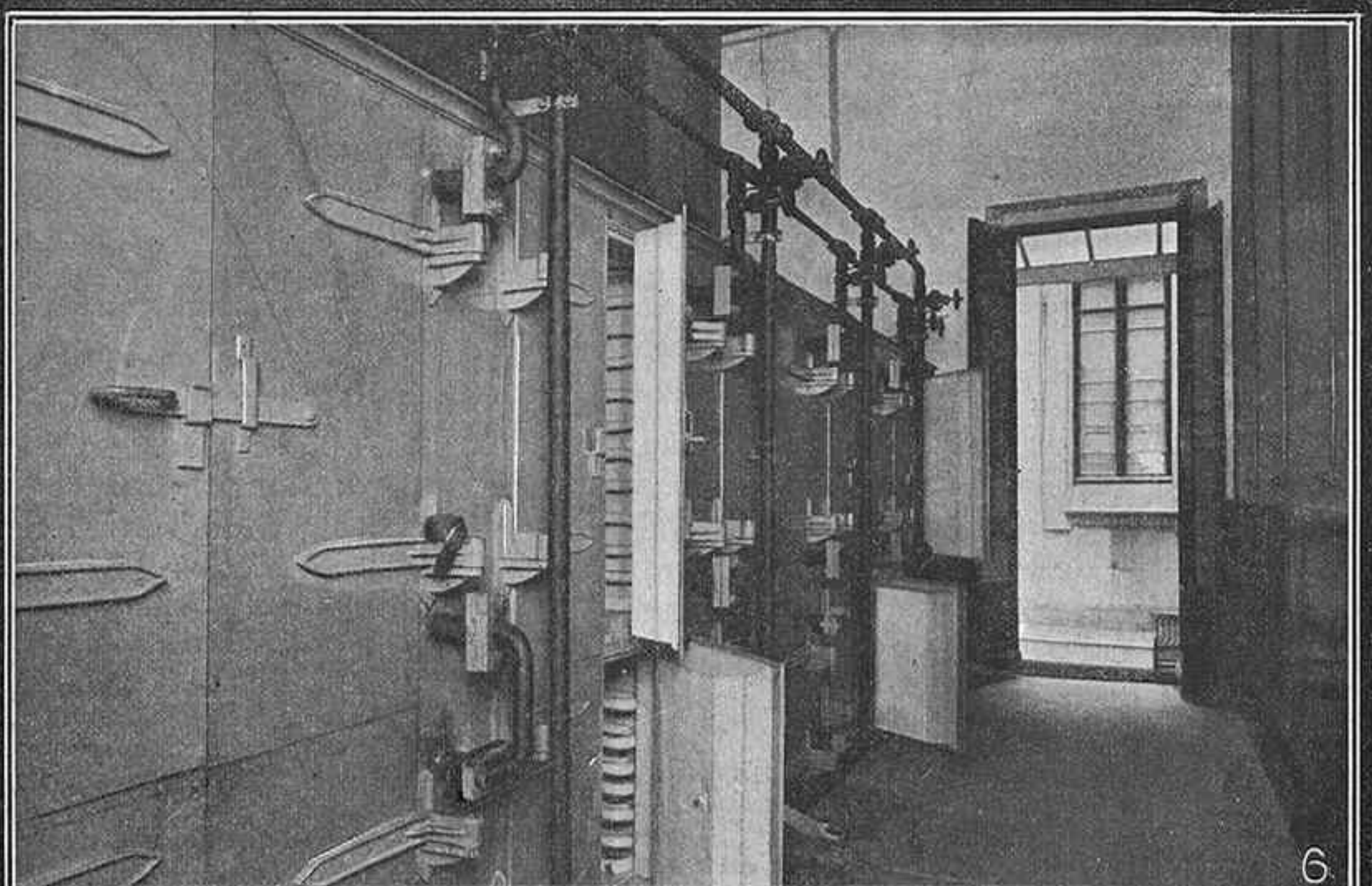
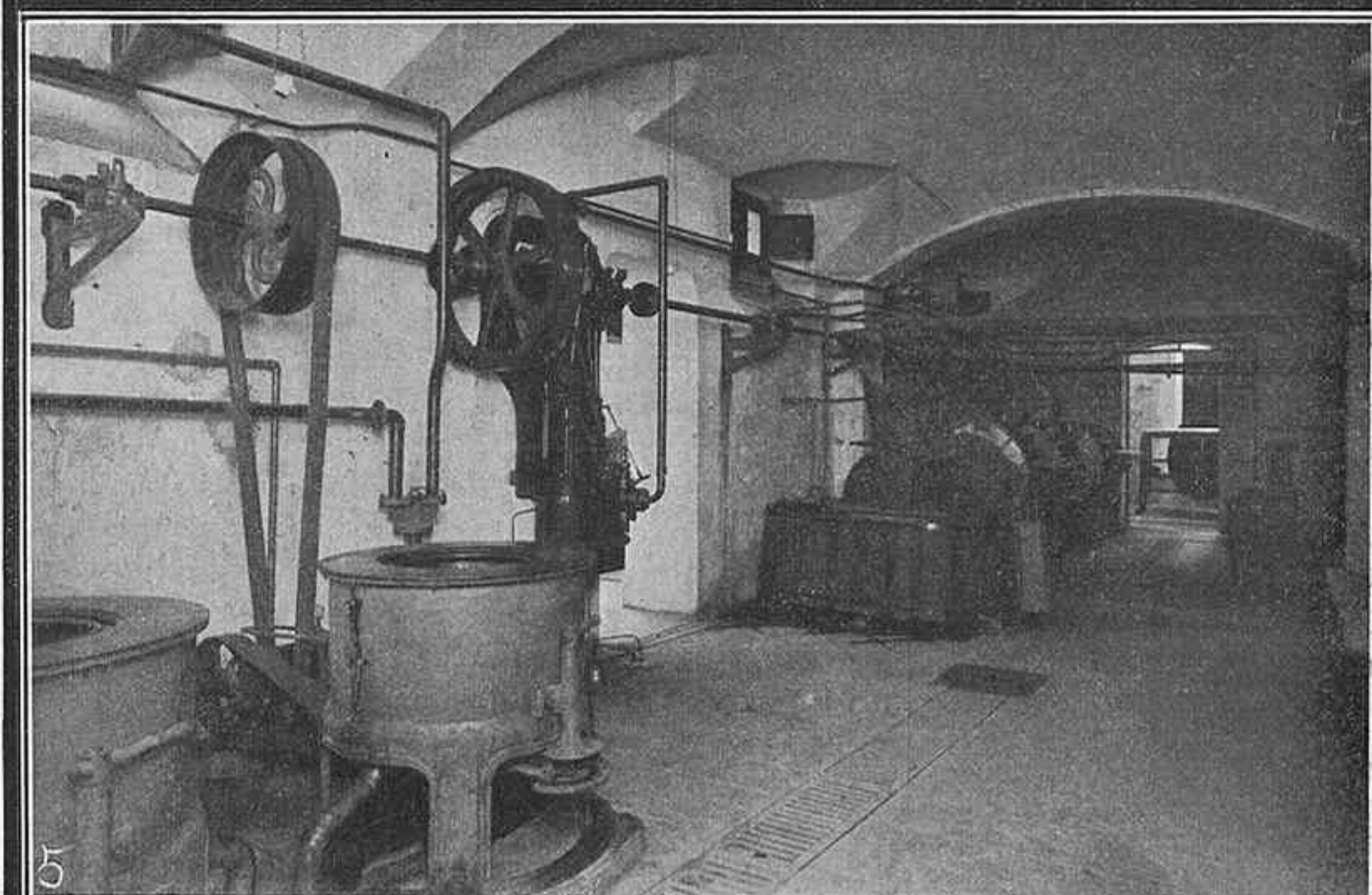
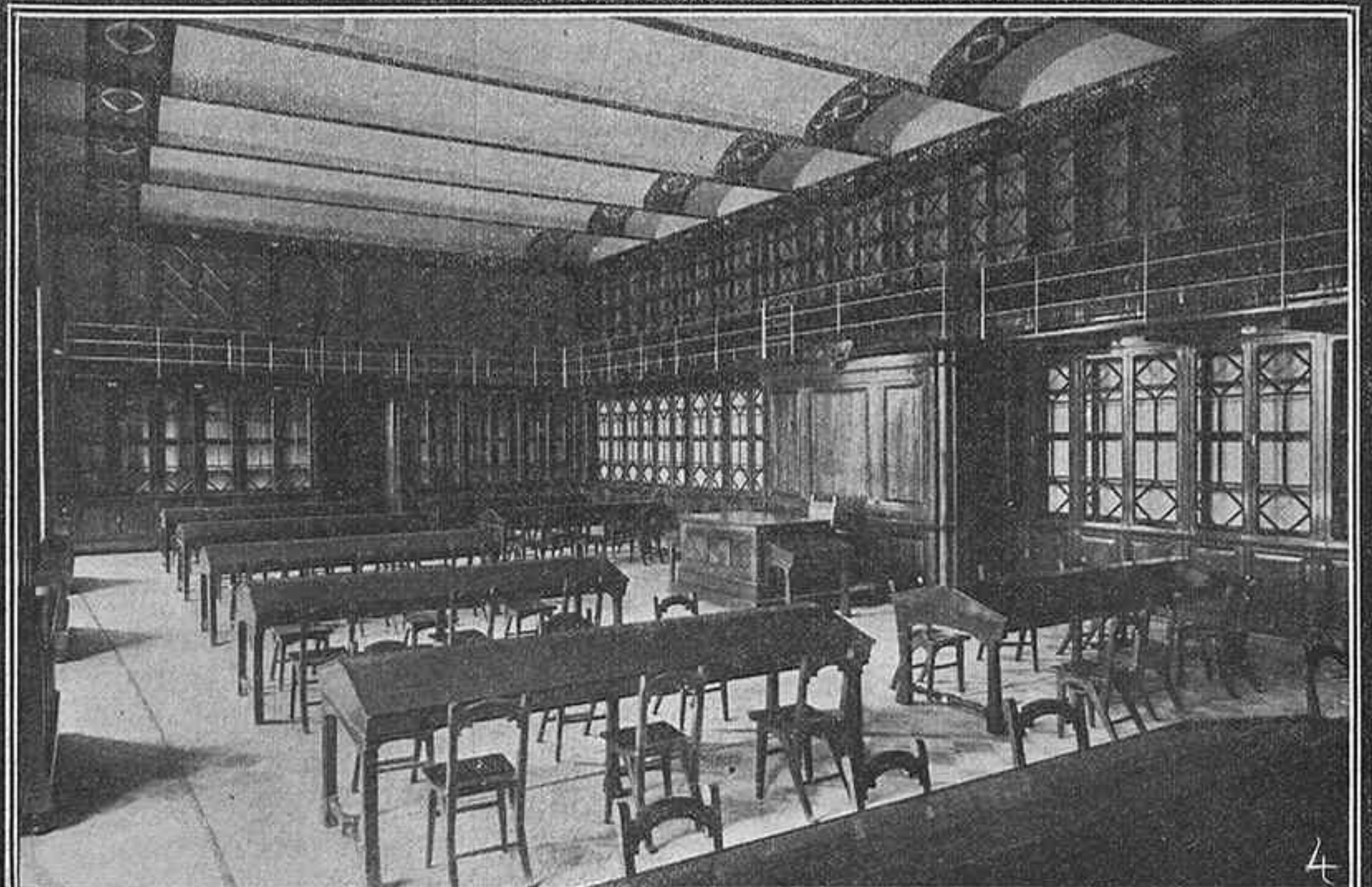
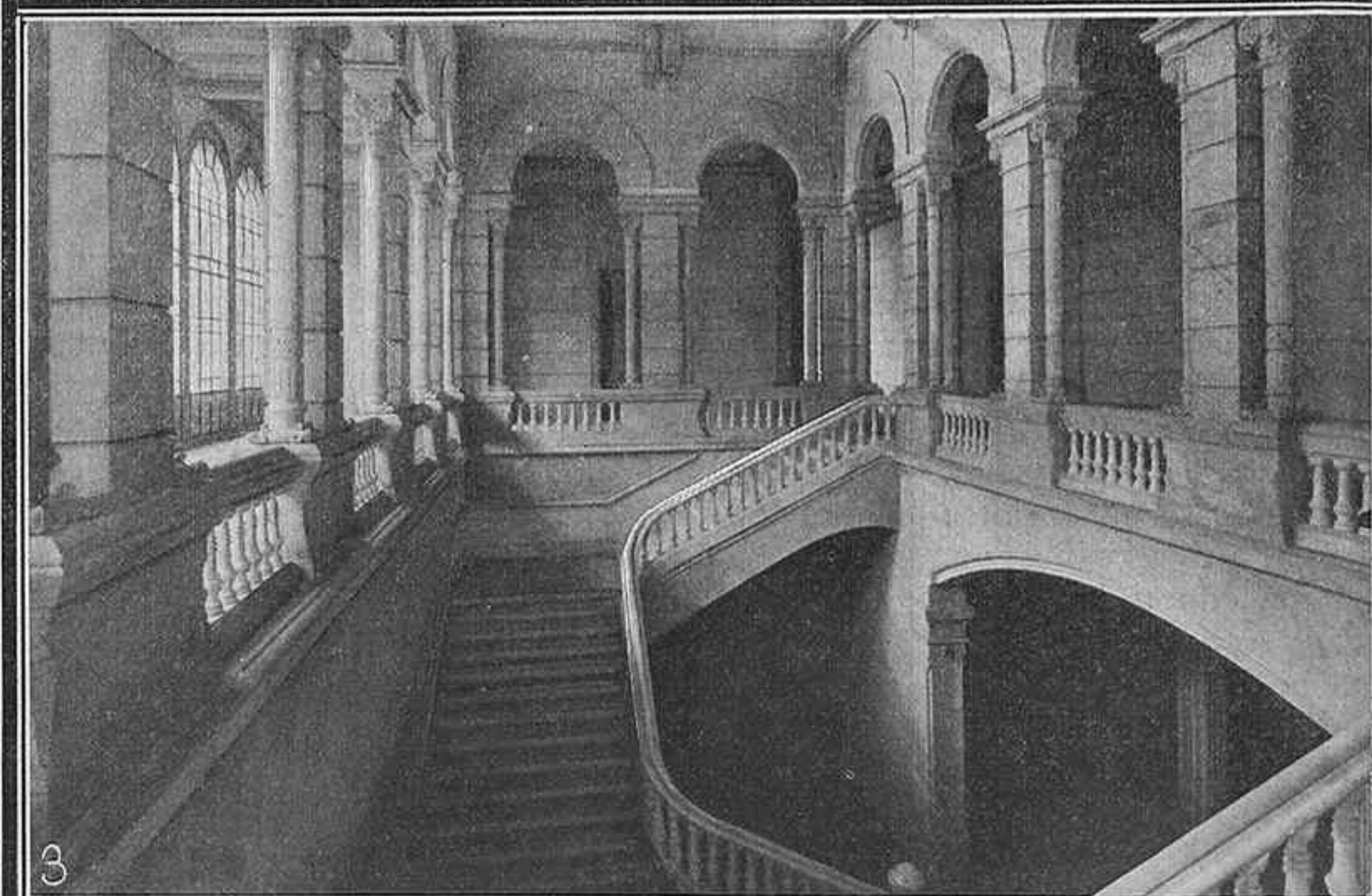
—Te gusta, tía Cristiana, tenernos para ti sola, dijo Roberta con la psicología de egoísmo y de vanidad de los niños á quienes se da demasiada importancia.

Unas horas después, Cristiana, con la sonrisa en los labios, se acercó á sus padres, á quienes acababa de ver sentados en sillones de mimbre debajo de un empujado del jardín á la francesa.

—¿Qué graves parecéis!.. ¿Qué estáis fraguando?, preguntó la joven con aquella clara música de la voz y aquella iluminación de las facciones que la transformaban desde el adiós reciente, y acerca de los cuales sus padres se equivocaban singularmente, como iba á echar de ver.

(Se continuará.)

BARCELONA.—NUEVO EDIFICIO DESTINADO Á FACULTAD DE MEDICINA Y HOSPITAL CLÍNICO



1. VISTA GENERAL EXTERIOR. - 2. VISTA DE UNO DE LOS PATIOS INTERIORES DEL HOSPITAL. - 3. ESCALERA CENTRAL DE LA FACULTAD. - 4. BIBLIOTECA DE LA FACULTAD. - 5. LAVADEROS Y ESTUFA DEL HOSPITAL. - 6. CÁMARA FRIGORÍFICA Y DE CONGELACIÓN. - 7. SALA DE OPERACIONES. - 8. SALA DE ANATOMÍA DE LA FACULTAD. (De fotografías de A. Merletti.)

BARCELONA

NUEVO EDIFICIO PARA HOSPITAL CLÍNICO Y FACULTAD DE MEDICINA

Era realmente vergonzoso que en una ciudad de la importancia de la nuestra, la enseñanza de las Ciencias Médicas hubiera de darse en locales de capacidad deficiente y sin ninguna condición adecuada á los fines á que se les destinaba; y lo era también que la Facultad de Medicina no pudiera utilizar más elementos de estudio, en cuanto á clínicas, que los que buénamente le facilitara un hospital de fundación particular, como el de Santa Cruz.

Un solo dato demostrará cuán necesario era poner término á ese estado de cosas: el mismo edificio que en 1762 levantó Carlos III para Escuela de Cirugía, cuyos cursos reunían en conjunto 50 alumnos, ha servido hasta hace pocos meses para albergar á toda la Facultad de Medicina con una matrícula de más de 500 alumnos en el último año.

De aquella necesidad hizose eco por vez primera en 1879 el Claustro de la Facultad, que en 31 de mayo y bajo la presidencia del entonces rector D. Julián Casaña, aprobó un luminoso dictamen emitido por una comisión de su mismo seno y en el cual se estudiaban con profundo conocimiento, no sólo el problema en sí, sino también todas las soluciones que podían dársele y se exponían los motivos que abonaban la adopción de una de ellas. De aquel dictamen arranca la historia del magnífico edificio de cuya reciente inauguración damos cuenta en otro lugar de este número y que responde perfectamente al doble objeto de la enseñanza y de la beneficencia, puesto que si, de una parte, contiene cuantos elementos puede exigir para su misión instructiva la Facultad de Medicina, de otra llena con el Hospital Clínico la necesidad, tanto tiempo sentida, de aumentar el número de nosocomios públicos de Barcelona, hasta ahora reducidos al solo Hospital de Santa Cruz, ya citado é insuficiente á todas luces aun para una urbe de la mitad de la población de la nuestra actualmente.

No relataremos la historia, accidentada por más de un concepto, del nuevo edificio; sólo diremos que de su construcción definitiva se encargó el notable arquitecto y docto catedrático D. Luis Doménech y Estapá, quien, á pesar de los 30 años transcurridos desde la aprobación del primitivo proyecto, ha sabido adaptarlo perfectamente á los adelantos modernos, y que á su realización han contribuído poderosamente, aparte del Estado y de nuestro Ayuntamiento, todas las autoridades académicas que ha ido teniendo sucesivamente la Facultad de Medicina y muy en particular el Excmo. Sr. barón de Bonet,

que ha podido ver recompensados sus abnegados esfuerzos y su voluntad firme é inquebrantable con la satisfacción de la solemne ceremonia inaugural.

Si hubiéramos de describir minuciosamente el edificio de que hablamos, necesitaríamos un espacio del que no dispene-

mos; habremos de limitarnos, pues, á exponer los datos más salientes acerca del mismo.

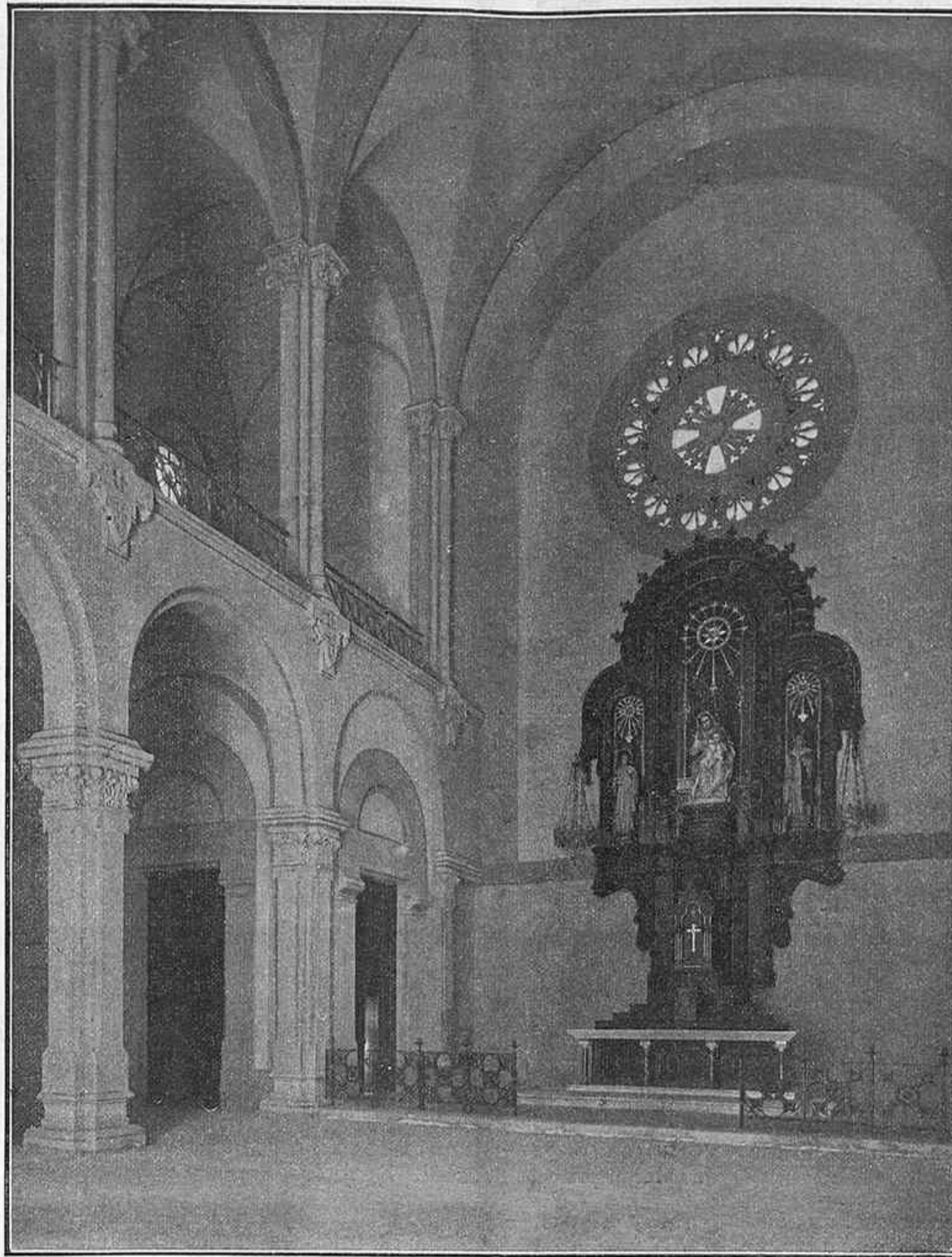
Levántase en el Ensanche, en el solar comprendido entre las calles de Casanovas, Provenza, Villarroel y Córcega, y ocupa un área total de 27.700 metros cuadrados. Los pabellones del Hospital Clínico, dispuestos en forma lineal doble, paralelos á la fachada principal, son en número de 12: dos, convenientemente aislados, para enfermedades infecciosas; cinco para enfermedades de hombres, y cinco para enfermedades de mujeres. Cada pabellón consta de planta baja, primer piso, semisótano y altillo, estando destinadas las salas de la planta baja á enfermedades de cirugía y las del primer piso á las de medicina general. En los patios que dejan entre sí los pabellones hay ocho anfiteatros operatorios de forma semicircular y con luz cenital. Las salas enfermeras han de contener 18 camas las de la planta baja y 20 las del primer piso, correspondiendo á cada enfermo 95 metros cúbicos de aire. Los servicios de calefacción y ventilación están perfectamente estudiados.

Completan la instalación del nosocomio las cámaras de Hidroterapia, Electroterapia, Neumoterapia, lavadero mecánico con estufa de desinfección y crematorio de residuos, y las dependencias para médicos, enfermeros, farmacia, comedor de convalecientes, dispensarios y administración, y la capilla. La comunicación entre los pisos se efectúa por medio de cuatro ascensores eléctricos.

El edificio destinado á Facultad de Medicina forma el cuerpo central del edificio total, ocupa una superficie de 7.800 metros cuadrados y tiene siete ingresos para facilitar su cómoda comunicación con el Hospital Clínico. Contiene un grandioso paraninfo, tres grandes museos (instrumental, anatómico y de Higiene), una espaciosa biblioteca, una sala de Juntas, otra de togas, Decanato y Secretaría de la facultad, sala de fotografías, talleres de escultura, dos cátedras en forma de anfiteatro para 300 alumnos, seis de forma rectangular para 200 alumnos, dos salas de disección, siete gabinetes con varias dependencias cada uno, once laboratorios, una sala de proyecciones, tres salas para profesores, una cámara frigorífica y un depósito de cadáveres.

Todos esos departamentos reúnen cuantos requisitos exigen para esa clase de establecimientos las necesidades y los progresos de nuestros tiempos.

Al publicar hoy algunas de las principales vistas del Hospital Clínico y de la Facultad de Medicina, LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA se complace en felicitar entusiastamente á todas las personas y entidades que han contribuído á la realización de una obra tan necesaria y que tanto honra á nuestra ciudad. - C.



BARCELONA. - HOSPITAL CLÍNICO. VISTA INTERIOR DE LA CAPILLA (De fotografía de A. Merletti.)

Las casas extranjeras que deseen anunciarse en LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA diríjense para informes á los Sres. A. Lorette, Rue Caumartin núm. 61, París.—Las casas españolas pueden dirigirse á los Sres. Montaner y Simón, Aragón, 255, Barcelona

PAPEL WLINSI Soberano remedio para rápida curación de las *Afecciones del pecho, Catarros, Mal de garganta, Bronquitis, Resfriados, Romadizos*, de los *Reumatismos, Dolores, Lumbagos*, etc., 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de París.
Exigir la Firma WLINSI.
DEPÓSITO EN TODAS LAS BOTICAS Y DROGUERIAS. - PARIS, 31, Rue de Selne.

ROB BOYVEAU-LAFFECTEUR
Célebre Depurativo Vegetal
EXIGIR EL FRASCO LEGITIMO
Vendese en casa de J. FERRÉ, farmacéutico, Sucesor de BOYVEAU-LAFFECTEUR, Calle Richelieu, 102, París y todas farmacias.

AGUA LÉCHELLE Se receta contra los *Flujos*, la *Clorosis*, la *Anemia*, el *Apocamiento*, las *Enfermedades del pecho* y de los *intestinos*, los *Disenteria*, etc. Da nueva vida á la sangre y entona todos los órganos.
HEMOSTÁTICA
PARIS, Rue Saint-Honoré, 165. - DEPÓSITO EN TODAS BOTICAS Y DROGUERIAS.

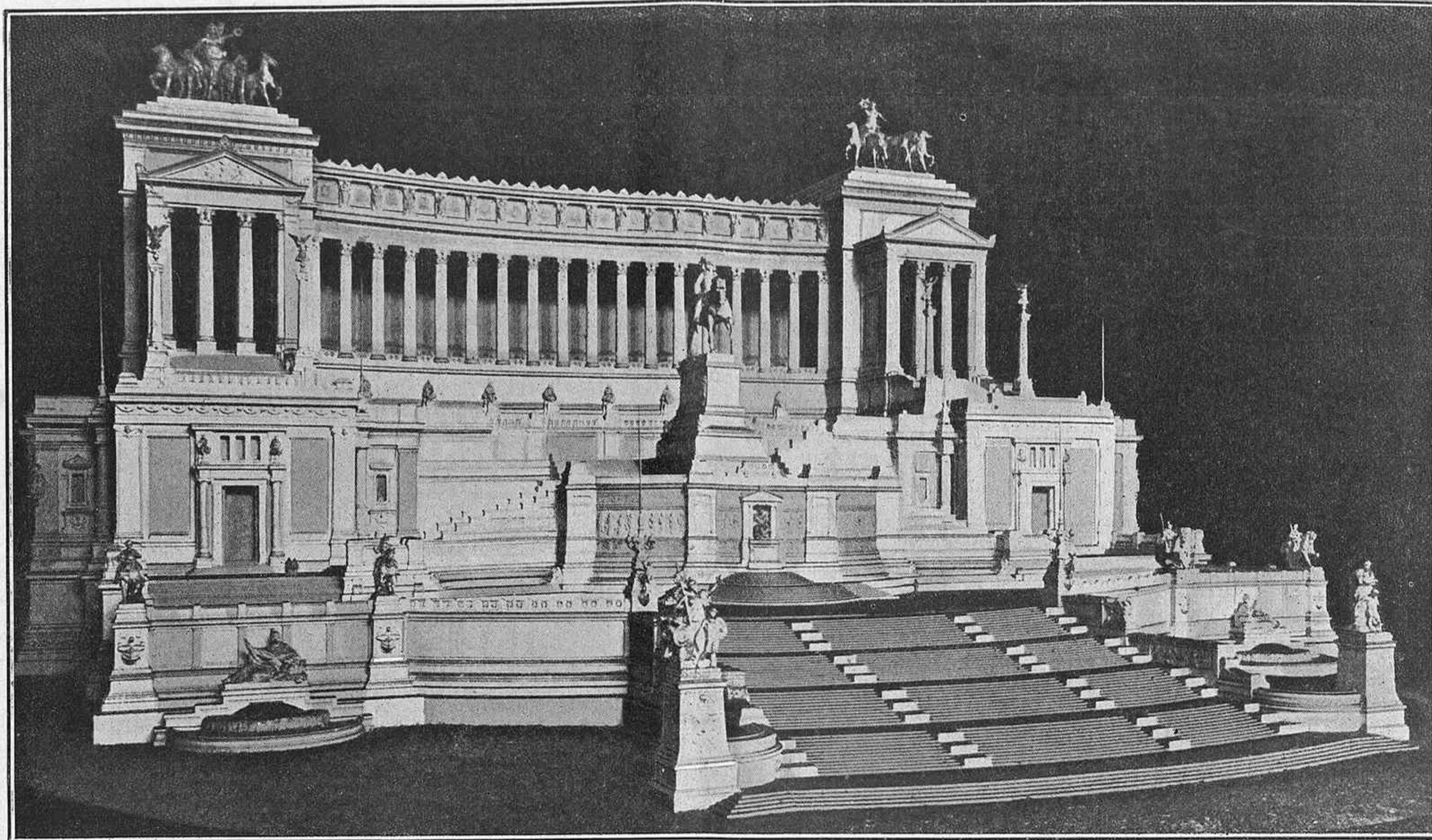
ANEMIA CLOROSIS, DEBILIDAD HIERRO QUEVENNE
Curadas por el Verdadero
Único aprobado por la Academia de Medicina de París. - 50 Años de éxito.

REMEDIO DE ABISINIA EXIBARD
En Polvos, Cigarillos, Hojas para fumar
SOBERANO contra
ASMA
CATARRO, OPRESIÓN
y todas Afecciones Espasmódicas de las Vías Respiratorias.
30 AÑOS DE BUEN EXITO
MEDALLAS ORO y PLATA.
PARIS, 102, Rue Richelieu. - Todas Farmacias.

Frasco 5 fr. en París
PUREZA DEL CUTIS
- LAIT ANTÉPHÉLIQUE -
LA LECHE ANTEFÉLICA
ó Leche Candès
para ó mezclada con agua, disipa PECAS, LENTEJAS, TEZ ASOLEADA SARPULLIDOS, TEZ BARROSA ARRUGAS PRECOCES EFLORESCENCIAS ROJECES.
pone y conserva el cutis limpio y terso
CANDES et Co. Bst-Denla, 16

Historia general del Arte
Arquitectura, Pintura, Escultura, Mobiliario, Cerámica, Metalisteria, Glíptica, Indumentaria, Tejidos
Esta obra, cuya edición es una de las más lujosas de cuantas ha publicado nuestra casa editorial, se recomienda á todos los amantes de las Bellas Artes y de las Artes suntuarias, tanto por su interesantes texto, cuanto por su esmeradísima ilustración. - Se publica por cuadernos al precio de 6 reales uno.
MONTANER Y SIMÓN, EDITORES

PATE EPILATOIRE DUSSEY destruye hasta las **RAICES** el **VELLO** del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningún peligro para el cutis. **50 Años de Éxito**, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparación. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, empleese el **PILIVORE, DUSSEY**, 1, rue J.-J.-Rousseau, París.



EL MONUMENTO MÁS GRANDE DEL MUNDO. — MODELO DEL MONUMENTO QUE ACTUALMENTE SE ERIGE EN ROMA Á LA MEMORIA DEL REY VÍCTOR MANUEL II, obra del arquitecto Sacconi. (De fotografía.)

Más de veinte años hace que se trabaja en ese colosal monumento que se erige en Roma á la memoria de Víctor Manuel II; cuando esté terminado, será una obra maestra de arquitectura y escultura, la mayor en su género de cuantas en el mundo existan. Para su realización se necesitaban capitales enormes; pero gracias á la munificencia de la aristocracia italiana, que facilitó importantes cantidades, y al desprendimiento de los artistas, no tardó en vencerse aquella dificultad.

El arquitecto Sacconi, que durante veinte años puso todos sus talentos y todas sus energías al servicio de la obra, no ha podido ver terminado el monumento al que consagró la mitad de su vida, pues murió el año pasado. Los trabajos han continua-

do bajo la dirección del escultor Passerini, que por espacio de catorce años fué el auxiliar eficazísimo de Sacconi.

El monumento se erige entre el Fóro Trajano y el Capitolio, y se espera que dentro de tres años quedará terminado, coincidiendo entonces la inauguración con el 50.º aniversario de las victorias de 1859 que iniciaron la unidad italiana.

El grabado que publicamos es reproducción del modelo que ejecutó Sacconi para que figurase en la actual exposición de Milán y que fué destruído á consecuencia del incendio del pabellón de Artes Decorativas. El modelo había costado más de 80.000 liras.

AVISO Á LAS SEÑORAS

EL APÍOL DE LOS 3 RES

JORET HOMOLLE

CURA

LOS DOLORES, RETARDOS, SUPPRESSIONES DE LOS MENSTRUOS

171^a G. SÉGUIN — PARIS

165, Rue St-Honoré, 165

Y TODAS FARMACIAS Y DROGUERIAS

INFLUENZA RACHITIS

ANEMIA VINO AROUD CLOROSIS

★

VINO AROUD

✦ ✦

CARNE - QUINA - HIERRO

El más poderoso Regenerador.

Las Personas que conocen las

PILDORAS DEL DOCTOR DEHAUT

DE PARIS

no titubean en purgarse, cuando lo necesitan. No temen el asco ni el cansancio, porque, contra lo que sucede con los demas purgantes, este no obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té. Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la comida que mas le convienen, segun sus ocupaciones. Como el cansancio que la purga ocasiona queda completamente anulado por el efecto de la buena alimentacion empleada, uno se decide fácilmente á volver á empezar cuantas veces sea necesario.

SE RUEGA EXIGIR SIEMPRE LOS VERDADEROS Y EFICACES PRODUCTOS BLANCARD

ANEMIA COLORES PÁLIDOS EMPOBRECIMIENTO de la SANGRE Escrófulas, etc.

PILULE de BLANCARD

EXIGIR LA SIGNATURE

APROBADAS por la Academia de MEDICINA

al IODURO de HIERRO INALTERABLE

DESCONFIÉSE de las FALSIFICACIONES

DEPÓSITO: BLANCARD & C^{ia}, 40, R. Bonaparte, Paris.

HARINA LACTEADA **NESTLÉ**

Contiene la mejor leche de vaca.

Alimento completo para niños, personas débiles y convalecientes.

Dentición **JARABE DELABARRE**

Jarabe sin narcótico.

Facilita la salida de los dientes, previene ó hace desaparecer los sufrimientos y todos los Accidentes de la primera dentición.

EXIJASE el SELLO del ESTADO FRANCÉS

FUMOUEZ-ALBESPEYRES, 78, Faub^g St-Denis, Paris, Y EN TODAS LAS FARMACIAS DEL GLOBO.

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria